

## INVESTIGACIONES PEDAGÓGICAS

### Bases y proposiciones para un sistema docente

(Conclusión)

---

#### VII — DE LOS INSTITUTOS SUPERIORES

##### 1 — *La extensión universitaria*

Iniciativa desperdigada, aislada, independiente de toda teoría o plan pedagógico, la llamada extensión universitaria apareció al mismo tiempo, en pueblos distintos, y concluyó por agregarse a las actividades universitarias, en formas y manifestaciones diversas. Empero esta agregación no adquirió nunca el carácter de una incorporación definitiva. Los institutos superiores de enseñanza, dominados siempre por la preocupación de una cultura de clase, no supieron, o no quisieron, aquilatar el valor y el contenido que ella aportaba y se limitaron a tolerarla, sin expresar de un modo preciso, en ningún momento, qué idea central, qué designio docente determinado le atribuían. Todo lo que hicieron por ella se redujo a la organización de disertaciones y conferencias mediocres sobre temas generales, a facilitar el acceso a las aulas y a estimular con prudentes palabras los empeños de estudiantes que alguna vez se dedicaron a dar vida a las universidades obreras.

Para no mencionar lo acaecido en el extranjero —especialmente en Francia, en España y en Inglaterra— conviene traer a recuerdo el ensayo de 1907 - 1908 de la Universidad de La Plata. Ningún ensayo aclara mejor el asunto porque ninguno como él pudo utilizar, en condiciones más propicias para sus fines, la labor extensiva ya realizada y rectificada en Europa y en Estados Unidos. A esta favorable circunstancia que puso a su disposición la experien-

cia de otras universidades, se ligó el hecho de que fuera Joaquín González quien presidiera la iniciativa con la exposición más hábil y más sagaz que, desde el punto de vista en que se ha colocado la pedagogía oficial, registra la bibliografía de la extensión universitaria. Todo lo cual justifica bien que se tome ensayo y documento como seguro punto de referencia.

Universidad “concebida y organizada para responder al título de “universidad moderna”, que han dado los reformadores de Inglaterra, Estados Unidos y Francia a las de nueva fundación, o a los sistemas preconizados para mejorar las antiguas y célebres de otras naciones”, según escribía su fundador, en aquel entonces, creyó necesario incorporar con carácter legal una facultad destinada a difundir en el ambiente social la enseñanza impartida en sus aulas. De esta manera, la labor espontáneamente realizada en otras partes por profesores tan generosos como los de Oxford, Cambridge, Oviedo, Salamanca, Harvard y Pensilvania, adquirieron aquí, por primera vez, la consagración de una función permanente y reglamentada, con programas y planes propios, con objetivos preestablecidos. Instaurado en 1907, la extensión universitaria, languideció a poco de nacer y pronto concluyó por ser olvidada, falta del entusiasmo de los docentes y ahogada por la indiferencia del pueblo para cuyo beneficio la destinaba el propósito gestador.

¿Qué causas fueron las que determinaron el fracaso de aquel intento, planeado y comenzado bajo tan favorables auspicios? La revisión de valores impuesta desde antes de la guerra por la conciencia histórica recién advenida, conciencia que fué en todo instante la fuerza secreta y universal que propuso en los institutos docentes los nuevos problemas de la cultura, ha vuelto a plantear la cuestión en términos que exigen un nuevo estudio y que reclaman un nuevo criterio para afrontarlo. En textos, en conferencias, en estatutos docentes, en programas estudiantiles, hasta en documentos gubernativos, se vuelve a hablar de extensión universitaria. ¿Hay, según esto, un interés real en reexaminar el problema? Para esto, nada es más conveniente que comenzar satisfaciendo la interrogación antes formulada.

Suele atribuirse el escaso éxito de la empresa a causas de poca monta. Algunos creen que la principal fué la carencia de ideas

netas y claras y de una meditada organización; otros la atribuyen a la falta de tino de los profesores, así los del oficio como los improvisados, que no supieron interesar a sus auditorios; otros, al hecho de que los cursos y conferencias no se desarrollaron en sitios adecuados a sus propósitos, como lo serían los locales de las asociaciones obreras, a donde debió “bajar” la universidad a buscar a los presuntos beneficiarios de su sabiduría para hacerles partícipes de sus bienes. Acaso haya mucho de cierto en estas observaciones, particularmente en cuanto se relacionan con la organización y la práctica de la iniciativa; pero no cabe duda de que la causa eficaz se halla en otra parte: la causa eficaz, para decirlo de una vez, residió en el propio espíritu que presidió y que informó siempre la enseñanza universitaria. Todo lo demás que se diga, si no responde al insostenible propósito de buscar remiendos para prolongar artificialmente la existencia de una estructura maltrecha y deteriorada, responde al vano designio de desplazar el problema de su verdadero lugar para preservar a la universidad de la severa crítica a que está sometida.

Parecerá un tanto inoportuno y extraño que, al tratar de una iniciativa que, en todo momento y lugar, se estimó como algo incidental, como tarea acoplada de un modo postizo a la universidad, se quiera enjuiciar a la institución que le diera acogida. Estamos tan acostumbrados a mirar la universidad a través de un criterio valutativo que la coloca más allá de las condiciones ordinarias de la vida social, que a las veces, sin quererlo, nos dejamos conducir por la propensión de calificar de irreverente toda actitud que intente vincularla a funciones que no guardan relación con su alcurnia. A virtud de semejante disposición, se permite discutir sobre “reforma universitaria” siempre que las proposiciones innovadoras guarden la distancia convencional y no aludan a las actividades docentes inferiores, como se reputa a las primarias y secundarias. Con cuanta mayor razón no ha de parecer vedado introducir en la dilucidación conceptos considerados ajenos a su dominio, como son los que se refieren al pueblo, o, más concretamente, al *patho* social que llamamos trabajo.

Pero a una investigación que parte de la concepción según la cual el hacer pedagógico es una totalidad le ha de ser permitido

tomar como objeto de su labor cualquiera de las múltiples manifestaciones que asume la idea del todo, por lo mismo que todos los caminos conducen a Roma. Es lícito exigirle la pulcritud y la seriedad que conviene al asunto; mas también aquí hay que dar por admitido que sólo está capacitado para juzgar de estas cualidades quien tenga el don de simpatía y la necesaria paciencia para seguir hasta el fin el curso de las reflexiones.

Tengo la extensión universitaria por una cosa definitivamente superada y si ahora la traigo a recuerdo no es al único objeto de volver contra el prejuicio antes mencionado sino porque nada me parece tan eficaz como el exámen del proceso seguido por la iniciativa para ganar claridad sobre las condiciones históricas de nuestros días, y por ende, sobre los problemas educativas que estas condiciones nos tienen propuestas. Deseo ser entendido con rectitud. Quien logre penetrar el pensamiento que preside este plan, lo enriquecerá con su comprensión y contribuirá responsablemente a ponderarlo en beneficio de lo que aquí quisiera ser una organización docente argentina.

## 2 — *La cultura y el trabajo*

Tres momentos históricos necesitamos examinar, en líneas sucintas, para fijar la trayectoria de las relaciones entre la cultura y el trabajo: el medioeval, el que siguió a la revolución de 1789, y el que se plasma desde quince años atrás.

Cada uno de ellos afronta el problema desde un punto de vista particular; pero no por ello dejan de poseer una íntima continuidad, vistos desde las perspectivas actuales.

No es fácil asunto el de determinar con exactitud la influencia que la doctrina formada por elementos cristianos, judaicos y helenos ejerció contra la opresión del mundo pagano, hasta el renacimiento carolingio. Luchó, en su hora inicial, iluminada de caridad, en favor de los oprimidos. Su intersección ante el príncipe fué tan tesonera y, a veces, tan decisiva que, para algunos, el cristianismo no es otra cosa que la generalización de los edictos imperiales en beneficio de los humildes. Pero, por grande que sea el valor que corresponda asignarle en cuanto relevó el sentido de la vida interior, ella no se refirió sino de un modo mediato a la con-

dición espiritual de la plebe cristiana. El hombre, tal como hoy lo vemos frente a su destino, es una entidad escapada del orden teocéntrico, consolidado bajo la anunciación de la buena nueva. La jerarquía eclesiástica tan pronto como se alió con el príncipe, y, con más eficacia todavía cuando lo suplantó desde el solio de San Pedro, prefirió el poderío al apostolado y el mundo asistió, desde entonces, durante siglos, al espectáculo de la servidumbre fundada en la creencia. Abatido el paganismo, el esclavo dejó de ser esclavo al servicio del patriciado para convertirse en siervo al servicio de los jefes cuando le cupo en suerte el romper terrones en el agro del privilegio y, más tarde, asalariado al servicio de la burguesía, cuando la sucedánea organización económica le sometió a la industria de las ciudades.

La teología concretó y limitó en los moldes de la estructura por ella creada el flujo revolucionario del cristianismo. No es este el momento más indicado para analizar las causas que la decidieron a ello. Baste al objeto que aquí se persigue con atender a la estructura en sí misma, para constatar, sin *animus judicandi*, que sus principios y postulados justificaron con títulos nuevos el antiguo estado de cosas en cuya virtud una minoría escogida vive a expensas de una mayoría laboriosa y desposeída. Su orden social reposó en una rigurosa jerarquía de valores —una de las más extraordinarias jerarquías que se conocen— y en ella el sitio asignado al trabajo fué de naturaleza inferior, como lo fué también el que asignó a las actividades relacionadas con el dinero. Sosteniendo por boca de sus voceros más autorizados que el trabajo ha sido y será siempre un castigo para toda la eternidad, dió una interpretación terrible y desesperante al versículo del Génesis: “En el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que retournes a la tierra”.

Todo el pensar teológico, en sus relaciones con el trabajo, ha girado —y continúa girando— en torno a este decreto inicial, suerte de inexorable *lasciate ogni speranza*, colocado en los dinteles de la creación. Aún en los tiempos modernos, la economía política de los Garriguet y Cía. sostendrá como artículo de fe la fatalidad de la maldición *In sudore vultus* que pesa sobre los hombres. De la concepción aristotélica según la cual todo ser inferior, siendo esclavo por naturaleza, puede ser explotado por sus superiores, deriva en

línea recta la jerarquía de San Agustín, en cuya virtud es útil y es necesario que ciertos hombres sirvan a otros y todos a Dios. Con el correr del tiempo, Bossuet apuntalará el argumento, en beneficio del privilegio, atribuyendo el origen de la servidumbre a la “guerra justa”, mediante la cual el vencedor, ganancioso de todo derecho sobre el vencido, incluso el de darle muerte, le conserva la vida para que le sirva. Después, cuando pareció inconveniente que en nombre del Evangelio se justificase la guerra, y, con ella, la conquista, el pillaje y la depredación que le son inherentes, el fundamento pasó a reposar en las propias antinomias de la naturaleza. Esta tarea estaba reservada a los Reynaud y a los Bonald. Según Reynaud, es a las contrariedades causadas por las leyes de la gravitación, la amplitud del planeta, la interposición de los mares y las montañas, las leyes del calor solar, las enfermedades, etc. a las que se debe el trabajo y todas sus consecuencias penosas y lacerantes. De no existir el desacuerdo entre la organización del hombre y la organización de la tierra, estas antinomias no existirían, y, de consiguiente, dejaría de ser necesario y fatal el esfuerzo continuo impuesto a las actividades humanas. El hombre viviría entonces en el mejor de los mundos del panglosismo, acaso en aquel paraíso perdido a consecuencia del *caput mortum* imperdonable. Pero, puesto que la desarmonía es incoercible, parece justo que quienes se encuentran en condiciones de soportar las rudas y ásperas faenas que de ella emergen, laboren, sufran, produzcan y suden para asegurar el bienestar material y las altas funciones mentales de los espíritus de elección. Así estos podrán elevarse más y más en el conocimiento de los valores supremos, en las excelsas regiones de la pura especulación, y aquellos se harán acreedores a la ventura eterna prometida al dolor y a la abnegación por la palabra divina.

Se puede deducir de la doctrina relacionada la enseñanza que el orden establecido debió deparar a las clases sociales dedicadas al trabajo. Ciertamente, para aquella doctrina todos los seres humanos participan de la divinidad. Todos son iguales en cuanto todos poseen un alma inmortal. Pero la iniciación en los conocimientos se determinó en su práctica de acuerdo a las obligaciones impuestas a cada uno. El saber era para ella un don que otorga Dios, y los labradores adscriptos a la gleba, como los trabajadores

vinculados a las artes manuales y a la industria rudimentaria de las ciudades, no dejaban de gozar de sus beneficios porque Dios agraciara con ellos tan sólo a aquellos que se dedicaban a funciones espirituales. Cuando se dice que desde el siglo IV se cerró para los oprimidos toda esperanza de redención, se juzgan las cosas con un criterio moderno. Conviene hacerse cargo de que para los hombres de trabajo de aquella época lo esencial era una educación religiosa y moral. Otros, sus mentores espirituales, eran los que necesitaban penetrar en una cultura superior. ¿Para qué habrían menester de escuelas y libros quienes sólo aspiraban a salvar el alma? ¿Y no era suficiente, a fines tan altos, con el catecismo escrito por los doctos, “sus” doctos, y con las lecturas hechas por el sacerdote en los domingos de la parroquia? Mientras en los claustros, sabios clunicenses y cistercienses disputaban larga y ardorosamente sobre el orden de los estudios, el siervo y el artesano se aferrarán a la tarea que la providencia les tiene asignada —*In sudore vultus*— por mandato divino. De la sabiduría atesorada por los hombres de estudio, sólo llegan a ellos las resonancias, deformadas por la fantasía, de la Leyenda áurea, la Passional y la Vita Patrum. La prescripción escolar de mayor eficacia fué la del Concilio de Maguncia, de 813, que impuso a los padres la obligación rigurosa de enviar sus hijos a la escuela del claustro o a la de la parroquia “para que aprendiesen correctamente la fe católica y la plegaria del Señor y pudieran, a su vez, enseñarla a los demás en sus casas”. Desde los días oscuros del siglo IV hasta tiempos muy avanzados —hasta hoy— las campanas de las aldeas y de las villas cristianas, suenan, en el apacible silencio de las siestas festivas, convocando a la grey para trasmitirle las saludables enseñanzas de la doctrina de salvación. Por el sendero de la chacra, endurecido por un tránsito secular, descende Isidro que ha dejado en reposo su arado y sus bueyes; de la encomienda acude el neófito, temeroso del ícono de madera que labró su mano todavía inexperta; por la calzada va el josefino de mano encallecida por la garlopa y la escuadra. Los tres se hunden por el pretil, en la penumbra del recinto, y sus corazones se anegan en las sugerencias de una incomprensible sentencia latina. Mientras tanto, las *Constituciones* escritas por Ignacio de Loyola reafirman cada día el imperio de la norma: “Ninguno de aquellos que se emplean en servicios domésticos por cuenta de la

sociedad deberá saber leer y escribir o si lo sabe aprender algo más; no se le instruirá sin consentimiento del general, pues le basta servir con toda sencillez y humildad a Jesucristo Nuestro Señor”.

Ante este explícito reglamento, sorprende que un espíritu tan agudo como el de Rosmini atribuya, a lo menos, en parte, al prejuicio gentilicio según el cual conviene tener al pueblo en perpetuo estado de ignorancia, antes que al propio designio de la Iglesia, la pobreza “de una vital y plena instrucción de la plebe cristiana”. Ese designio existió, y existió no en razón de una actitud arbitraria y circunstancial sino como un derivado del orden vigente. Perteneció a él el famoso catecismo de Heidelberg, fuente de sabiduría y de conducta de la burguesía de Suiza, en cuyo nombre, Pestalozzi, que vivió treinta años “como mendigo para enseñar a los mendigos a vivir como hombres”, fué perseguido y becado hasta el fin de su gloriosa existencia. Mientras conservó la plenitud de su imperio el ideal teocéntrico, fué naturalmente imposible, sino absurdo, dedicar atención a las ciencias naturales. “Los muy escasos escritos sobre ciencias naturales que conoció la Edad Media — dice Berndt— (1) fueron libros de fábulas y cuentos de la especie del célebre *Bestiarius*, o *Physiologus*”. La colonización de la naturaleza coincidió con la decadencia del antiguo régimen. La disolución del orden medioeval marcó el comienzo de la era en la que el hombre, el yo, asume una nueva posición en la historia y se da a dominar el mar, a horadar las montañas, a fertilizar las tierras inhóspitas, a curar las enfermedades, a manipular la electricidad, a utilizar la imprenta, a escrutar los misterios de la biología, a señorear en el aire, a profundizar el conocimiento de la química y de la física.

### 3 — *La Revolución y el trabajo*

Siguiendo las rutas del humanismo y de la reforma, la era histórica abierta en 1789 prometió liberar a la persona humana de aquel largo sometimiento impuesto por la fe sobrenatural. ¿Qué ha sido de tan amplia como reiterada promesa?

Se sabe ya cómo aquella revolución atacó el sistema feudal y el privilegio corporativo, emancipando al trabajador y convir-

(1) *Abstammungslehre*, pág. 11.



tiéndole en dueño de su persona, ante la perspectiva sin límites de la libertad de trabajo, de comercio y de industria. La burguesía, que de un modo tan avisado supo aprovechar en su beneficio aquel movimiento, impuso el criterio más conveniente a sus intereses para regular las relaciones de los patrones, dueños de todo, con los obreros, libres, pero desposeídos y miserables. Ese criterio fué el de la escuela manchesteriana. Nada de intervención oficial en el juego de las fuerzas económicas; la oferta y la demanda darán solución a toda dificultad. El trabajo está impuesto, ahora, por un irreductible decreto de la naturaleza, o, de la economía política, y es necesario acomodarse al duro imperio que lo sanciona y lo impone. Si para convencer de la verdad de este ordenamiento no bastaran las elucubraciones de todos los Reynaud habidos y por haber, ya vendrán, a su tiempo, a reafirmarlo los malthusianos y sus continuadores en las ciencias naturales.

Que decenios más tarde, sobre todo en los últimos años, la doctrina del *laissez faire* no fuera obstáculo a que el Estado interviniere en favor de la clase obrera, no fué culpa de la armonía económica democrática sino de la conciencia social que, a las veces, se suele permitir bromas con las más documentadas teorías de los economistas. Empero las demandas de los trabajadores que se agitaron en la fábricas y en los talleres exigiendo que se les reconociera derechos de productores, llegaron cuando los sucesores de la antigua nobleza habían consolidado sus intereses patrimoniales y definido en términos netos su carácter de vencedores. De ahí que esa intervención sólo haya conseguido la legislación constructiva, suerte de edictos imperiales de protección, formada por decretos circunstanciales dispersos e inorgánicos, en raros casos coleccionados en "código del trabajo", que no han conseguido adquirir carta de ciudadanía en el derecho universitario ni menos penetrar en la esencia de las instituciones romanistas que amparan y custodian el acaparamiento y el monopolio.

Todo esto en cuanto al trabajo. En cuanto a la cultura del pueblo, el Estado no ha sido inconsecuente con los principios de la clase que lo ha informado hasta ayer. El fin especial perseguido por sus universidades y demás institutos educativos, así los anteriores a 1789, como los que, por su reciente creación, se han atribuido con

más títulos una filiación democrática, ha sido en todo momento el de asegurar la persistencia indefinida del orden establecido. No han propugnado respecto de la extensión cultural una teoría basada en cualquiera de las tantas fundamentaciones teóricas existentes, no tanto por incapacidad para afirmar y sostener una posición espiritual autónoma e independiente, cuanto porque, regidas por la forma estadual que las costea y las colma de beneficios, han pospuesto en su obsequio los fueros del pensamiento.

Todos los pedagogos que ha producido la revolución de 1789 han sido políticos antes que pedagogos. De “pedagogía política” califica Compayré la *Memoria* de Condorcet. Enterados por la experiencia de las congregaciones, por el juicio de Turgot, y por la aguda penetración de las cosas, del decisivo valor de la educación para afianzar un régimen de gobierno, Talleyrand, Condorcet y los continuadores en la obra educacional de la Convención, sólo atendieron al ciudadano destinado a servir y a afirmar el sistema político exaltado por la acción revolucionaria. La educación sólo tiene sentido en cuanto forma el elector, el votante, el mandatario, el defensor del civismo y de la moral instituida en nombre de la igualdad y de la libertad. “Una constitución libre que no correspondiese a la instrucción universal de los ciudadanos se destruiría por sí misma después de algunas tempestades y degeneraría en una de esas formas de gobierno que no pueden conservar la paz en medio de un pueblo ignorante y corrompido”. Tal, en palabras de Condorcet, el pensamiento que ha dominado la pedagogía revolucionaria. Apenas si es necesario añadir que esta tradición no ha sido alterada nunca por los educadores al servicio de la república. Desde su momento inicial hasta las vísperas de 1914, la labor entera de la pedagogía oficial se ha concretado a llevar a sus últimas consecuencias el designio expresado por aquel pensador. Preocupado por consolidarse y ponerse a cubierto de las acechanzas del antiguo régimen, abatido más no aniquilado del todo, el Estado docente no ha tenido tiempo para escuchar el profundo alegato que por los fueros del espíritu se levantó, hace un siglo, en la soledad de Burgdorff y que repercute hoy, pleno de prestigio y de claridad, en la palabra de los pedagogos de nuestros días. Uno de los últimos libros de enseñanza universitaria, la edición de 1920, de “L’Université Nouvelle”,

escrito por Les Compagnons, sólo se interesa por la "extensión" universitaria en cuanto es un medio de "formar el espíritu cívico" para afianzar el régimen imperante. "Todas las naciones —dicen Les Compagnons— tienen el gran deber de perfeccionar la democracia".

Idéntico propósito informó, entre nosotros, en 1907, el ya mencionado documento de González. Consecuente con la tradición importada de Francia, propugna "la educación republicana" como fin supremo de la docencia. "Constituida la sociedad política argentina —dice— sobre la base de las libertades personales, del albedrío y la soberanía del ciudadano, en una palabra, del principio republicano del gobierno propio representativo, es un absurdo pretender que esto pudiera realizarse sin un sistema de educación popular que disponga las voluntades para un ejercicio consciente de esos vastos poderes. Luego, si este es un axioma de gobierno, lo es también la necesidad de las escuelas, colegios y universidades que eduquen la masa y las clases directivas donde aquella forma de vida social ha de buscar sus elementos de acción". Siempre el ciudadano, el ciudadano de ley; el hombre, que es previo a aquél, no aparece nunca. Los resultados que nuestro autor espera extraer de esta "enseñanza republicana" son los de "modelar la masa incoherente y abigarrada que se constituye en el Estado", y preparar la aparición de "las cabezas dominantes o directivas"; todo de acuerdo al ejemplo elocuente de la unificación germánica y la lección "de la política vencedora que comienza en 1808 y termina en 1870".

Este designio fundamental, de naturaleza escuetamente político y práctico, como acaba de verse, señala la cautela con que ha de difundirse toda enseñanza entre la clase trabajadora. El Estado puede gastar el oro de la sabiduría que guarda en viejos y seguros arcones; pero no lo hará sin antes cerciorarse de la ventaja que le va en ello. El saber es así un monopolio de Estado. Del mismo modo que dictó leyes para proteger el trabajo con minuciosos artículos, el Estado va hacia los trabajadores "proporcionándoles la ciencia suprema niveladora e igualitaria de todos los elementos sociales". Claro está que no puede prescindir de sus precauciones, y por aquí se explica que, para otorgar ese beneficio, asegure antes el equilibrio social y económico", exigiendo al obrero que, al propio tiempo que adquiriera la noción de su personalidad, ajuste "sus exi-

gencias en la proporción debida a la necesaria coexistencia del trabajo y del capital”.

Por lo que queda expuesto puede colegirse de qué manera la propagación de las ciencias y de la cultura entre la clase trabajadora ha estado siempre supeditada a las conveniencias políticas, o, en términos más justos, a las condiciones impuestas por los intereses que han detentado el poder público y le han comunicado la fisnomía peculiar a la época capitalista.

No se niega con esto el esfuerzo realizado por el orden surgido de la Revolución en beneficio de la educación popular. Sobre este tema he discurrido en otro lugar, en términos que excluyen todo malentendido. Desde los días de la Convención —desde antes, acaso, en cierto modo, desde que Lassalle fundó su escuela precursora de Reims—, la enseñanza popular ha ganado no sólo en las realizaciones prácticas sino también en la esfera espiritual de Occidente. Tanto que es gracias a esto que hoy puede plantearse toda una problemática de pedagogía general. Pero su actividad educativa, aún ahí donde se ha manifestado con mayor intensidad y con un sentido democrático más profundo, no ha sido suficiente a impedir que la niñez de las clases laboriosas quede fuera de su radio de influencia. Bien sea porque se haya calculado que para la niñez proletaria basta con escuelas rudimentarias, bien sea por el hecho, más general, de que las clases trabajadoras, careciendo de recursos para dar a sus hijos una educación esmerada y conveniente, necesitan dedicarlos al trabajo lo antes posible, lo cierto es que la mayor parte de la población ha quedado siempre privada de los beneficios de la docencia.

Aquí se alude a este denso sector de la comunidad. La Edad Media lo consideró con su ley de amor y, compadecida de la miseria en que lo vió sumergido a mérito de la sentencia providencial —confirmada en instancia definitiva, por los Reynaud y los de Bonald— puso un catecismo en su mano y anunció a sus sufrimientos una vida mejor más allá de la tumba. La era sucedánea, cuya realidad histórica relevó un Estado de clase, concebido y realizado como entidad extraña al hombre y su condición, no ha tenido, hasta ahora otra noción de la cultura que no se ligue de estrecha manera a la de un bien propio, del que puede desprenderse a voluntad, en todo,

o, en parte, y la ha manejado, respecto de las clases desposeídas, con el criterio de una dádiva, de una gracia, de una merced cuando no de un préstamo interesado.

Nada ilustra mejor de semejante actitud que los antecedentes históricos de la “gran obra de la cultura del pueblo”, encomendada a la extensión universitaria.

#### 4 — *Escarlatina y pedagogía*

Promediando el siglo pasado, las agitaciones y convulsiones de las fábricas y de los talleres levantados por la gran industria capitalista, amenazaron con una nueva revolución. A todos los estadistas, particularmente a los estadistas ingleses, pareció inminente el estallido profetizado por los teóricos del socialismo. Las aristocráticas mansiones del Oeste de Londres se sobrecogieron de espanto presintiendo la conspiración de los bárbaros de los tugurios del Este. Para extremar el sobresalto de tales momentos, una epidemia mortal, incubada en los barrios pobres del Dock y de White - Chapel, los invadió de pronto sembrando en ellos la muerte y la desolación. Era urgente atacar el mal en su propio foco. Se averiguó entonces que los conductores del contagio eran los ricos trajes, las telas y pieles costosas y los elegantes ajuares confeccionados por manos enfermas en las buhardillas del Este para los festines de Westminster y de Convent Garden. El funerario mensaje fué la más fuerte razón para convencer a todos, poderes públicos y particulares, de que en el “continente obscuro” había miseria material y espiritual que debía ser remediada en beneficio de la salud de los privilegiados del Oeste.

Tocados de muy cristianos sentimientos de compasión y de piedad, muchos se dieron a la obra de saneamiento. Espíritus tan delicados y sensibles como el de Arnoldo Toynbee, instituyeron empresas de socorro a los barrios pobres mediante contribuciones pecuniarias arrancadas a la filantropía y a la munificencia de los ricos, concitando a los hombres de ciencia y a los estudiantes en vacaciones a dedicar una parte de su sabiduría para aliviar la suerte de los necesitados. Así nacieron esos *university settlements*, esos Toynbee - Hall y Mansfield - House donde la vejez desvalida encontró un asilo, una ayuda al trabajador, enseñanza rudimentaria la

infancia de ambos sexos y tranquilidad el propietario de Gales y de Escocia. ¡Fué necesario que la escarlatina de Withechapel penetrase al palacio del privilegiado para que la vieja casa de Oxford, blasonada de tradición y de grandeza pasada, abriese, una tarde, a los obreros de Inglaterra, en la fiesta bautizada con el sugestivo nombre de reconciliación, las puertas de Ruskin - Hall!

De la misma manera que en la tierra clásica de la libertad, que dicen los apologistas del constitucionalismo sajón, en Estados Unidos sólo se pensó en educar a los trabajadores cuando éstos, por su ignorancia, por su malestar económico, y aún por su heterogeneidad étnica, constituyeron un peligro para la estabilidad de las instituciones establecidas, o, un tropiezo para el nativismo orientado hacia el imperialismo. La University - Settlements organizada por la Universidad de Columbia, los Cleanstreet - Clubs, constituidos por una milicia semejante a los exploradores de Don Bosco, el Hudson Guild, el Hull - House - Settlements, de Chicago, club adiestrador de rompehuelgas, a estilo de los Círculos Católicos, todos han nacido, a la sombra de la caridad, de la conveniencia de “colonizar” las tribus salvajes acampadas en los bajos fondos de las urbes fabriles.

En todas partes, estos centros de extensión cultural se constituyeron con una sugestiva uniformidad de motivos y fines. Todos los apóstoles con que contara la iniciativa obraron movidos por la vieja ley de amor, apenas disimulada bajo el ropaje de las palabras por aquellos mismos que alguna vez entendieron proceder por razones extrañas a ella. Ninguno pensó en tender un puente al abismo que separa a las clases sociales —abismo presupuesto como irremediable y fatal por la propia ley de amor— y, a lo más, se propusieron atenuar la escisión para dilatar con el paleativo el estallido catastrófico profetizado. Toynbee, que creía que la penetración de los barrios obreros era una obra de místicos misioneros, erigió en lema de su propaganda estas breves palabras: “Para amar al prójimo hay que conocerle”. Peel sostuvo que el designio de la iniciativa “no era la de intruir sino la de amparar” a los necesitados. A su vez, Kengsley invocó el nombre del Evangelio en pro del novísimo Ejército de Salvación universitario. Foester, que se ocupó del problema poco antes de la guerra, opinó, bajo la advocación

de Santa Elisabeth de Turingia, que “todo trabajo social debe nacer de un sentimiento de caridad profunda y universal, y concurrir a hacer más madura y coherente la idea de la ayuda”. La democracia, como la teología hace caridad. La caridad era aquí la llave de oro destinada a abrir al proletariado, las puertas de la enseñanza.

La Universidad no parece haberse percatado del postulado; pero para remediar una situación que le viene impuesta por los acontecimientos, comparable, por muchos conceptos, a la que antaño contemplara la teología, reclamó para sí esta “humanitaria misión”, que dice González, en beneficio del “pobre pueblo” a que aluden los tiernos autores de la “L’Université Nouvelle”.

De todos modos, se trató de un movimiento referido a las clases desheredadas. Se propuso dar solución a un problema planteado por la situación precaria de los trabajadores. Es cierto que Foerster ha encontrado, en el análisis del movimiento, la influencia de dos criterios distintos de acuerdo a los cuales, mientras en Francia, en Alemania y en Suiza se entendió la iniciativa como una decidida y directa extensión cultural en favor del proletariado, en los pueblos anglosajones, se procuró únicamente perfeccionar la instrucción de las clases cultas en razón de que estos pueblos reputaron más peligrosa la “ignorancia instruida” que la total ignorancia. Según esto, los anglosajones se habrían propuesto que las personas encargadas de la acción extensiva conociesen las condiciones reales de los trabajadores ya iniciados, que penetrasen su psicología, que conocieron sus hábitos y costumbres para capacitarse para la tarea social encomendada.

Pero el distingo carece de fundamento. Pues, ya se tratase de la referencia a la “ignorancia instruida”, o de la acción que ésta pudo ejercer después de haber sido “amparada” y perfeccionada, ya se tratase de la acción de los profesores y de los estudiantes universitarios, el móvil central fué, en todas partes, el mismo. Lo que parece haber inducido en error al docto maestro de Zurich es la circunstancia de haber observado las cosas en un tiempo en que la experiencia anglosajona había probado a los promotores del movimiento y a sus sucesores, que la instrucción facultativa no es adecuada para las clases populares, carentes de la preparación ne-

cesaria para aprovecharla convenientemente. Tarde o temprano se hubo de llegar a esta conclusión, y es explicable que fuesen los ingleses los primeros en reconocerla en razón de que fueron los primeros que se entregaron al empeño infructuoso. De aquí también que, pasado el momento de miedo con el avenimiento de las clases en lucha obtenido sobre un reparto más equitativo de los productos de las colonias, desapareciera el motivo que les determinara a adoptarla y sólo se interesasen por la suerte de los iniciados en ciencias, artes, letras, fuesen o no fuesen obreros, ya que era a los únicos a quienes pedagógicamente podía beneficiar. Fueron estos antecedentes, entendidos con claridad, los que determinaron a González a eludir la enseñanza previa de los adultos, en la extensión universitaria platense, declarando que ésta se refería “a la cultura superior de los que ya se hallan provistos de una preparación media o general que les permita apreciar las ventajas de una más elevada o especial”. Todo conforme al designio de formar las cabezas dominantes o directivas.

En rigor de verdad, a las universidades de las pre-guerra no se les importó nada de la suerte de las clases obreras. Es innecesario censurarles por ello. Era el propio movimiento social el que las dejaba al márgen de su corriente, apurando la crisis en que hoy se debaten. Ni siquiera supieron acomodarse a las circunstancias. Por eso, las veces que se inclinaron a favorecer el trabajo, lo hicieron con una evidente torpeza. Al estudiar la forma cómo acometieron la labor extensiva, Foerster reconoce que nunca procedieron con un ponderado criterio pedagógico. ¡Naturalmente! ¿Cómo habrían de proceder con un criterio pedagógico si ellas mismas no estaban estructuradas en un sentido ajustadamente docente?

Más de un siglo hace que Pestalozzi, estudiando la marcha de la naturaleza en el desarrollo de la especie humana, llegó a descubrir que el procedimiento de la educación es ordenar en series las intuiciones y en tramar las series así obtenidas. La intuición es el camino de los conceptos. La formación del espíritu es la ascensión armoniosa que va desde la sombra inicial, a la media luz de las intuiciones y de aquí a la claridad del conocimiento. “Toda la instrucción del hombre —escribía a Gessner— no es, pues, otra cosa que el arte de auxiliar a este anhelo de la naturaleza por su propio



desarrollo". Siguiendo el hilo conductor de sus experiencias, no tardó en enfrentarse al cuadro que ofrecía la realidad europea de aquel entonces.

Todas las escuelas populares menospreciaban el método indicado por la intuición e incurrían a sabiendas en el error. ¿Con qué fin? Con el fin de perfeccionar de modo unilateral la capacidad técnica del docendo, para convertirlo en máquina de labor, mutilando así su espíritu para las especulaciones superiores, cegando sus ojos para la visión de horizontes más dilatados que los de la fábrica y el taller. De aquí la práctica de formar mentalidades de nociones confusas y vagas, de generalizaciones carentes de base, como las requiere la actividad sin contenido de la política, de la vida social, y la que se disuelve en menesteres de fines inmediatos y utilitarios. El origen de tales hábitos pedagógicos estaba ahí, en la enseñanza de clase. La sociedad se presentó a Pestalozzi, como una casa de varios pisos: en lo alto, habitada por pocos hombres, esplendor y brillo magnificante; en la parte media, morada por mayor número de personas que aspiran a ir a lo alto sin conseguirlo; en la planta baja, un rebaño de hombres sin aire, sin sol, abandonados a su propia suerte. Corregir este estado de cosas, gráficamente representado por la figura, debía ser, pues, el propósito y la tarea constante de la enseñanza, mediante la popularización de las ciencias, "no ciertamente para hacer de las ciencias, como tales, un juguete falaz de la pobreza que necesita de pan, sino para librar a esta pobreza, mediante los primeros fundamentos de la verdad y de la sabiduría, del riesgo de ser el juguete desdichado, tanto de la propia ignorancia, como de la astucia de los demás".

¿Por qué no se tuvieron en cuenta estos principios, en la organización de la extensión universitaria? ¿Es que el pensamiento pestalozziano no estaba ya incorporado, se quisiera o no, al ideal de la pedagogía? La organización que diera a su institución extensiva la Universidad de Oxford acusó bien el propósito de no prescindir de esos postulados. Bushnell Hart, profesor de Harvard, sostuvo que la extensión debía referirse no sólo al "amparo" de la "ignorancia instruida", para formar maestros y profesionales, sino también a la enseñanza primaria o elemental y a la secundaria. ¿Por qué, pues, se echaron en olvido esas elementales nociones docentes?

¿Por qué, pues, mientras se predicó con ahínco la necesidad de educar al obrero para que se “perfeccionara la democracia”, toda la extensión cultural se concretó a conferencias y a disertaciones universitarias sobre temas transcendentales, abstrusos, cargado de léxicos incomprensibles para los no iniciados, que son siempre el común de las gentes?

Nada responde con tanta claridad al interrogante como las palabras de González: “no se puede convertir esta enseñanza en una verdadero escuela periódica para adultos mientras “la institución” no sea conocida y ayudada por los gobiernos, la sociedad, y los interesados en el estudio”. Elocuente respuesta la que, por boca de su dirigente máximo, da una universidad que, por su propia naturaleza y por sus funciones ejercidas en este mundo y no en otro, es, a la vez, gobierno, sociedad e interesada en el estudio! Elocuente respuesta porque confiesa el designio oficial de no hacer las cosas como debieran hacerse. Bien sabe la pedagogía política que, de aplicarse a la extensión universitaria las ideas de Pestalozzi —siquiera ellas!— Isidro sospecharía con emoción sagrada al contenido de su arado hundido en las besanas del agro; el neófito descubriría que no hay fantasmas sobrenaturales en el seno de la madera labrada por su arte rudimentario; y el jornalero josefino aprendería que en la escuadra y la garlopa que maneja bajo el prestigio de una sentencia latina, duerme la luz que alumbró el camino de la personalidad.

##### 5 — *Análisis de la Universidad*

Aun cuando la universidad hubiera logrado posesionarse con plenitud del significado que ha ido asumiendo el trabajo desde la ascensión del espíritu democrático en el mundo —y es justo reconocer que más de una vez se ha acercado a él— yo creo que no habría bastado con esa conciencia para realizar una obra seria y fecunda. Se lo hubiera impedido su propia estructura, su propia estructura en la cual se frustró, según ya se ha dicho, la iniciativa de la extensión universitaria.

La Universidad es un producto decantado por siglos de historia. Como *universitas* de maestros y estudiantes, logró, en el Medio Evo, una culminación que no ha alcanzado después, gracias a su perfecto acomodamiento a la unidad de problemas de aquella

época. Tuvo en sí, reducido a líneas de solidez impecable, el *totum* espiritual del orden que le dió nacimiento. Como tal, careció de finalidad específica.

Sus dificultades comenzaron con el estado de cosas advenido con la revolución de 1789. La burguesía que propugnó los dos grandes principios del nacionalismo y la idoneidad, provocó, como consecuencia inmediata de ambos principios, la formación de la burocracia. El Estado absoluto hizo de esta una clase con funciones determinadas y acentuó la necesidad de instruirla de acuerdo a la tarea que le quedaba asignada. Desde este momento, la esencia de la *universitas* comenzó a sufrir modificaciones sensibles. Pues, en cuanto tuvo que hacer con la preparación de los funcionarios, necesitó introducir un “para”, un fin prefijado, en una estructura caracterizada por la ausencia de fines.

Nuevas exigencias crearon nuevas profesiones. La vida económica reclamó la formación de servidores idóneos, con un imperio tanto más apremiante cuanto más se acrecentaba su actividad. La industria, el comercio y la técnica multiplicaron así los institutos *profesionales* con fines propios, cada vez más diversos y especializados. La agronomía, la medicina, la veterinaria, el comercio, la minería, la electricidad, la mecánica, la industria, la geodesia, las artes aplicadas, la jurisprudencia, todas las manifestaciones económicas tuvieron sus institutos particulares y todos estos institutos entraron a depender, de un modo u otro, de la Universidad. Naturalmente, la Universidad se defendió de la intromisión que significa la ingerencia de un fin inmediato en su esencial carencia de fines. Conocemos la actitud que asumió para ello en todos los países occidentales <sup>(1)</sup>, particularmente en aquellos en los que era más acentuado su carácter medioeval. Humboldt y Fichte propugnaron una Universidad basada en una ciencia filosófica-humanista y excluyeron de sus funciones la enseñanza profesional; pero no pudieron impedir que las escuelas de Veterinaria, de Comercio, de Agronomía, etc. integraran la Universidad, disimuladamente, al principio, con desembozo, después. Recuérdese con qué precauciones y cautelas se adunaron a nuestros organismos universitarios las Facultades de Veterinaria y Agronomía y las de Comercio: fué necesario reva-

---

(1) Investigaciones Pedagógicas — Cuaderno Primero.

lorarlas con el oropel del doctorado para elevarlas de rango.

El acontecimiento, que se cumplió en paridad de condiciones, en todas partes, inició la segunda fase del proceso a que se ha visto sometida la ciencia en su relación con la vida, y a cuyo proceso Th. Litt ha dedicado uno de los más profundos análisis que conozco. (1) Fué la fase del positivismo. La visión de la totalidad de la ciencia y la realidad, comprendido el Estado, la sociedad y la cultura, cedió su puesto a la preocupación por el hecho describable, mensurable y verificable. La ciencia se hizo “positiva” y, rehuendo todo presupuesto metafísico, se concretó a la pura investigación dentro de límites prefijados al hacer metódico. A medida que las disciplinas particulares se dividieron el dominio de la actividad científica, desmenuzando el objeto y afinando los métodos, se fué debilitando y perdiendo la idea de la unidad del saber a virtud de la propia multiplicación de materias y métodos.

Postulados como el de la plenitud de la personalidad y el de la totalidad de la cultura, eran incompatibles con la necesidad teórica vigente. Las fuerzas vitales no jugaban ni podían jugar rol alguno en el dominio del saber. De ahí que amenazara con desaparecer la propia unidad de la vida.

Presionada por las circunstancias, la Universidad asumió la misión profesional. La asumió sin poseer el espíritu de la escuela profesional. De esta manera, se sometió a la multiplicidad de los fines profesionales, y, sin renunciar a su antiguo sentido, se convirtió en una suma de escuelas. ¡Una suma de escuelas con pretensiones de *universitas*! Ya en 1892, Jean Izoulet, denunció este estado de cosas —cuyas causas atribuyó a la constitución universitaria de Napoleón— y lo describió con palabras sin esperanzas. Según él, el bachiller acude a la Facultad en procura de un diploma, que quiere adquirir en el más breve plazo posible, para ejercer durante treinta años, o más, la rutina lucrativa de la consulta. Ahógase, así, el espíritu científico bajo la costra del utilitarismo profesional. “Las carreras liberales de nuestro país —escribía— están llenas de prácticos distinguidos, de técnicos eminentes, pero bajo su saber especializado no palpita ni circula ninguna profunda vida espiritual” (2).

(1) Erkenntnis und Leben — 1923.

(2) L'Áme Française et les Universités Nouvelles — A. Colin — 1892.

En aquel entonces era ya un hecho palpable la influencia disolvente del profesionalismo en la estructura universitaria. Lo era no sólo en Francia sino en todas partes. Hablando del estudiante alemán, dice Max Scheler que, afanado por obtener una profesión para trabajar y ganarse el pan, considera la formación general como una "nota" indiferente a su estudio profesional (1).

Cierto es que, no obstante el auge avasallador del profesionalismo, la Universidad no perdió de vista otras funciones selectas. Por mucho que concediera al cometido que le vino impuesto por las condiciones históricas, reservó para sí también la tarea de conservar y transmitir los bienes logrados por el saber y la cultura, la investigación conducida metódicamente y la penetración espiritual de las capas populares.

Pero justamente de aquí, de esta pretensión de condensar en un sólo instituto la política cultural es de donde han derivado las intensas divergencias y contradicciones que la han conducido a la crisis de nuestros días.

Por lo pronto, no se concibe cómo puede operarse el incremento de la investigación en una escuela preocupada por el aspecto profesional. Se trata de dos tareas que, fiadas a un mismo instituto, resultan contradictorias. Nuestra experiencia instruye bien de lo difícil que es la coexistencia de ambas funciones. Aún en aquella Universidad de cuño medioeval, como es la de Córdoba, ha sido forzoso decidirse por el mero profesionalismo. La última materia originaria que se conservó en su plan de estudios —la Teología— fué mantenida con fines profesionales, como derecho público eclesiástico, hasta el día que la concepción positiva de la ciencia excluyó de la teología el contenido religioso. Y sí, en razón de que las condiciones nativas no parecieran suficientes a aclarar la incompatibilidad enunciada, ahí están la experiencia francesa y la experiencia alemana. "Práctico, práctico, he aquí lo que quiere ser un estudiante, lo más pronto posible y el más largo tiempo posible", exclama Izoulet. Max Scheler, a su vez, analiza el contraste en las universidades alemanas. De un lado, el investigador se encuentra recargado con las materias que una escuela profesional debe comu-

---

(1) Die Wissensformen und die Gesellschaft (Universität u. Volkshochschule), pág. 500 — Neue Geist. 1926.

nicar a sus docendos; del otro, debe mantener la investigación. Ambas funciones le exigen una vida doble. Si, como profesor, no le es lícito decir: "No lo sé todavía", y, por ello, debe masticar cosas que le son aburridas, en lo que pierde y malgasta sus fuerzas, como investigador, se malogra. Se perjudica al investigador y al profesional. Se perjudica la formación misma del profesional y el investigador. Pequeños sabios sin contacto con el mundo, vacíos intelectualistas, salen periódicamente de la Universidad. De las Universidades europeas, que de las nuestras "peor es meneallo"...

Pero el defecto capital que Max Scheler advierte en la estructura universitaria es el violento contraste existente entre la actividad profesional y la de la investigación, por una parte, y la formación espiritual superior de la personalidad, por la otra. Puesto por las exigencias económicas del tiempo el ideal de amplio y pleno panteísmo filosófico condensado en las palabras de Goethe. "Quien posee ciencia y arte, posee también religión", desapareció toda posibilidad de una preparación general destinada a impedir que la limitación de la profesión mutile la visión de la universalidad, y a dar contenido a la profesión misma para que el empleado no se sienta un mero resorte de la maquinaria estadual, para que el comerciante no se aferre a otra cosa que al interés inmediato de sus negocios (1). La Universidad ha reclamado para sí la tarea de la formación general sin apresurarse a crear un instituto adecuado a esta función y sólo ha conseguido romper la relación entre el profesionalismo y el sentido humanista.

Es un hecho que cualquiera puede verificar. Nuestra Universidad constituye una prueba incontrovertible de esta situación. Ha abandonado por completo la formación general hasta el punto de que la propia noción de la personalidad es algo que, para ella, carece de un significado preciso. Aún en las producciones de aquellos que escriben sobre reforma universitaria se advierte la ausencia de conceptos determinados, a este respecto, mientras cobra relieves inesperados el afán de casar la investigación con lo profesional considerados como las dos únicas actividades dignas de una reforma. Hemos carecido siempre de espíritu filosófico. Pero esta carencia, que es, en cierto modo, excusable en un pueblo joven, es un

---

(1) Max Scheler, op. cit. 499.

mal general que procede del estilo de todo una época. Las ciencias particulares y las profesionales han sometido a servidumbre a la filosofía. ¡Nada de extraño tiene el que las investigaciones constructivas de un Husserl y un Scheler necesiten remover, como tarea previa, las concepciones centrales del mundo creadas con una notoria exageración, por las ciencias particulares. Hace más de un siglo que la filología, la historia, la literatura y el arte han perdido su valor formativo. ¿Cómo ha de poder cumplir la Universidad su función esencial? Formación espiritual significa no el incremento de una cosa que crece lentamente en la historia, no el cumplimiento de acuerdo a un método sino la configuración del alma del hombre: hacer fructífero el conocimiento para el crecimiento y la formación del hombre, no para su placer y satisfacción sino para la persona espiritual que está en él''. (1)

La actual Universidad no está capacitada para las diversas funciones que se atribuye. Ni la profesional, ni la de investigación, ni la de la formación espiritual pueden ser llenadas por ella. ¿Qué decir de la que se refiere a la difusión de los bienes culturales en las capas populares?

Aquí volvemos a encontrarnos con el tema escogido para iniciar esta investigación. Se ha visto ya la manera infructífera en que se ha realizado esta tarea por parte del organismo universitario. Conocida la estructura de este organismo, queda explicada la causa decisiva de su fracaso. El estado anárquico de las disciplinas particulares ha cavado un abismo insalvable entre el saber y la vida. Enseñoreadas de la Universidad, dichas disciplinas han relegado a término secundario todo contenido vital. La extensión universitaria, en lo que acusa una conciencia de este fenómeno, proporciona una pálida idea de la violencia de tal escisión. Si los estudiantes universitarios propugnan todavía dicha extensión, lo es justamente porque toda su actitud se presenta teñida de flujo vital. Por ellos vuelve por sus fueros la vida misma.

#### 6 — *El concepto del trabajo*

La labor emprendida siguiendo el curso de una corriente olvidada, ha desembocado, como se anunció, en el problema central

(1) Id. op. cit. 501.

de la Universidad. El trabajo, que permaneció siempre intocado por la influencia de arriba, es ahora el que examina, a su turno, el organismo universitario. Asume la representación de la vida y revisa los títulos de la entidad depositaria del saber y de la cultura. La era iniciada con la post-guerra es la era del trabajo. ¿Qué es, pues, lo que entendemos bajo este concepto?

Desde mediados del siglo pasado, se ha venido infiltrando en el ideario de Occidente una noción que vincula estrechamente el trabajo al conocimiento.

Bajo la influencia de la doctrina liberal, se ha ido admitiendo una suerte de paralelismo entre la evolución histórica del trabajo y el desarrollo de la ciencia confinante con la afirmación de que no existe conocimiento, hipótesis y verdad de los que se reputan como definitivamente incorporados al patrimonio de la cultura que no se vincule, aún cuando más no sea que por un parentesco lejano, con el esfuerzo humilde, perseverante y abnegado que realizan anónimamente los hombres aislados y las colectividades industriales.

De más en más, el trabajo ha entrado a ser considerado como el órgano de toda revelación. En lo que el *Manifiesto Comunista* denuncia su filiación liberal, es, sin duda, en su proposición según la cual el trabajo es el creador de toda cultura. Para tal aserción, desde la tarde remota, pero llena de luz aún, en que, según la fantasía de Eça de Queiroz, Adán, Padre de los Hombres, atravesó el corazón del Oso, Padre de los Osos, con el agudo retoño de teca, descubriendo así las virtudes del palo afilado, la brega obscura, la obstinación porfiada y tenaz del esfuerzo ahineado sobre las cosas de la naturaleza, no ha cesado de descubrir secretos y de proporcionar fecundas experiencias a la especulación espiritual. Textos de lógica de uso corriente instruyen de estos principios gnoseológicos. De la actividad parcelaria de los predios comunes que los primitivos labradores egipcios hacían y rehacían con la frecuencia con que lo exigieran las inundaciones periódicas del Nilo, habrían nacido, a lo que se dice, los elementos fundamentales de las matemáticas cuyas aplicaciones nos sorprenden en las obras de la técnica moderna. Los descubrimientos logrados por la astronomía contemporánea reconocen su iniciación en las observaciones del cielo y de los astros



que, para orientarse sobre los mares, hicieron los primeros pueblos navegantes. En el empeño de siglos con que los agricultores de la Mesopotamia prehistórica perfeccionaron el cultivo del trigo se anunció la técnica agrícola que acrecienta la producción de nuestros días para asegurar el pan de los hogares del mundo. Desde la canoa de tronco al transatlántico; desde los toscos cacharros de la cerámica primitiva a las porcelanas de Sevres y de Sajonia; desde los dijes elaborados por el arte rudimentario de Tubalcain el hebreo hasta las joyas que labran los orífices de las grandes ciudades; desde los ladrillos cuneiformes hasta los grandes rotativos, todo cuanto significa un adelanto, un conocimiento de los que enriquecen día a día las ciencias y las artes, pertenece, según esto, al trabajo, que crea, que ensaya, que rectifica y que perfecciona con sus propias creaciones.

La incesante labor que en todas partes realizan multitudes desconocidas para aumentar la riqueza material que satisface las necesidades apremiantes de la existencia actúa, pues, con decisiva eficacia en los dominios del pensamiento. Coloniza las cosas de la naturaleza y penetra en el misterio que nos rodea. El hecho de someter a nuestro designio un objeto cualquiera supone el conocimiento, siquiera sea somero y rudimentario, de sus cualidades y sus propiedades y este conocimiento ha acabado por reemplazar con leyes científicas las explicaciones de los fenómenos que otrora el hombre solicitara a la creencia, a la cábala y a la magia. De aquí la conclusión de que el trabajo es quien ha herido de muerte la ciencia de la autoridad, abriendo al conocimiento su propio camino y favoreciendo la investigación y el libre exámen. Pues, del conocimiento simple, de los datos individuales, a la relación apenas existe un paso, y, dado ese paso, por una sencilla operación de inferencia, quedaron dispuestos los elementos nutricios de la causación de la lógica, de la filosofía ulterior. No hay exageración, dentro de esta actitud, si se expresa la génesis del pensamiento con estas palabras: "en el principio era el trabajo". Hefaiestos deslumbrado por el chispazo de luz que brota de su fragua anuncia a los hombres el milagro de Prometeo.

De semejante superestimación deriva el criterio excesivamente severo con que se juzgan todavía los diversos regímenes pretéritos

del trabajo. Toda autoridad, desde el momento que adquiere conciencia de la virtud emancipadora del trabajo, se apresura a reducirlo a impotencia. Es esta una conclusión de elemental sencillez. De acuerdo a ella es que nos parece que doctrinas, mitos, creencias, y teogonías elaborados expofeso para rebajarlo lo han señalado sistemáticamente con el sello infamante de las actividades propias de esclavos, de siervos y de vasallos. La India de los brahmanes lo entregó al sudra formado de las partes inferiores del Ser Supremo; la Biblia lo denigró con la mancha del castigo sin redención; la mitología griega lo aherrojó en Prometeo a la roca de la perpetua esclavitud; la teología lo encarceló en el dogma infalible de sus doctores; y la propia revolución de 1789 que armó el brazo del desheredado prometiéndole su definitiva liberación, lo ha mutilado en los rodajes de la maquinaria capitalista en nombre de los derechos del hombre y del ciudadano. En realidad, toda la dinámica de la historia parece girar en torno de esta lucha sorda entre la cábala y la magia dominadas por las fuerzas de regresión, y el esfuerzo liberatorio del trabajo. Las clases dominantes, para perpetuar sus privilegios, toman al trabajo lo mejor que posee, esto es, la virtud emancipadora que es de su esencia.

Tan acentuado es este miraje que la propia burguesía detentadora del poder público le ha prestado adhesión en términos tales que la actitud por ella adoptada, en su política pedagógica, ha respondido, en el fondo, al propósito de desarmar al trabajador tomando al trabajo el secreto de su fuerza. No anda descaminada la sospecha que a las veces nos asalta de que, al abrir las puertas de los institutos superiores a las clases obreras, en la forma que ya conocemos, procedió —y procede todavía— movida por el propósito de secularizar las virtudes del trabajo, a la manera como ha secularizado la revolución en el parlamento. De tal modo trasciende de su extensión universitaria la certeza, que lleva a sus últimos extremos el pensamiento de Bacon en el pragmatismo posterior, de que la humilde experiencia es la creadora de todo y de que, siendo ella anterior a toda filosofía, ésta sólo sirve tanto para enervar sus virtudes como para estancar el progreso de las industrias cuando recoge y ordena en sistema aquella experiencia.

Pero es tiempo de penetrar, con rigor ponderado, en la at-

mósfera creada en torno al trabajo. Estamos, sin duda, ante un fenómeno de extraordinaria importancia. Nada hay en el mundo que nace que no cobre su sello especial y que no se tñe con su color, como las cosas todas del paisaje bajo la luz del amanecer. La vida política, la democracia como sistema, como expresión de una jerarquía de valores, hunde sus raíces en su suelo nutricio y es a esa circunstancia evidente a la que la sensibilidad en tensión confía el anuncio de que la era que sube es la era del trabajo. Mas esto mismo impone la exigencia de precaverse de los riesgos de las actividades sentimentales y de las exageraciones valutativas. Yo creo que la inadecuada concepción del trabajo que queda relacionada en términos generales se debe tanto al abuso que de la cuerda sensible han hecho los poetas, novelistas, pintores y escultores, como a la exageración de la voluntad de potencia dirigida al dominio de la naturaleza acusada hasta las vísperas de la guerra mundial.

En lo que concierne al conocimiento, cabe exigir fundamentación ponderada a la tesis según la cual toda nueva ciencia es una formulación y una ulterior legalización de la experiencia lograda por el esfuerzo, una sistematización de las reacciones, exitosas o no, de la naturaleza ante los tanteos de aquel *primus - movens*. La relación entre el trabajo y las ciencias positivas y la técnica que gobierna la producción material, que hasta ayer se consideraba como algo íntimo e indestructible, está sufriendo la prueba del fuego del rigor gnoseológico. Una línea visible separa el campo del conocimiento teórico de la naturaleza, de su orden y de sus leyes, del de la aplicación práctica de dicho conocimiento. Aún cuando, históricamente, parezca como que es la voluntad de potencia la que preside la investigación, el profundo análisis a que Max Scheler ha sometido al pragmatismo, en sus diversas manifestaciones, ha socavado y dislocado los cimientos de la proposición que otrora se ofrecía como de verdad evidente. (1)

No se concentra, empero, en este aspecto el mayor interés que provoca este tema, y que somete el trabajo a una investigación esencial para descubrir sus notas y fijar su posición en el cosmos espiritual.

La era caracterizada por el incremento capitalista, recaló el

---

(1) De Wissensformen und die Gesellschaft — Ed. Neue Geist.

concepto del *homo faber* como una oposición decisiva a la concepción del mundo expresada en el concepto del *homo sapiens*. Su actitud relativa a la teoría del conocimiento es sólo una de las diversas manifestaciones del principio general que se halla a la base de la oposición. Detrás de la idea del hombre *faber* ha propugnado una radical negación del sentido religioso de la vida.

La desoladora conclusión a que arriba Max Scheler, en su penetrante exámen del alma alemana, según la cual la carencia de una recta noción del trabajo de que ha padecido Alemania desde antes de la guerra se debe al predominio absorbente de la idea de que un pueblo industrial debe preferir la cantidad de la producción antes que la calidad de la misma, pone de relieve, enérgicamente, el módulo común a la negación del cristianismo. Otros ejemplos, no menos elocuentes, parecen confirmar, en la realidad inmediata, el resultado de aquella investigación. De los pueblos modernos dominados por el afán febril de la producción, ninguno como Estados Unidos ha tocado los lindes del paroxismo. Ninguno como él da muestras de haberse alejado y desligado, de un modo radical, de todo sentido espiritual de la vida. El violento contraste que Keyserling ha observado entre el espíritu que preside la labor del matarife japonés y la del matarife de Chicago, cuya exposición constituye una de las páginas más concluidas de su Diario de Viaje, acusa, por sí sola, el enorme distanciamiento de aquel pueblo de todo principio orgánico religioso. Productos y más productos parecen ser su divisa. Como en la Alemania anterior a 1914, todo está ahí supeditado a la superproducción. Todo se define por ella. Política, diplomacia, ciencia, ética, técnica, todo se presenta sobresaturado de esta preocupación capital. Se explica bien que lo distintivo de la fácil filosofía del pragmatismo del Norte consista en su preferencia por el "banal utilismo". Su actividad no se atiende tan sólo a la cantidad: la cantidad misma está medida por la ganancia. El éxito de la superproducción radica en la ganancia, en el oro que aporta a las arcas nativas. El odio alemán nació de la estimación del producto; el odio yanqui ha nacido de la estimación del oro.

No va por distintos caminos la actividad económica de nuestro país. La inepticia del argentino para las empresas industriales, que el criterio practicista ha condenado como un defecto racial, sin

detenerse a considerarlo por su aptitud para percibir valores imprácticos, está en vías de una definitiva superación en la que coopera tanto la acción oficial, la prédica y la enseñanza, como la afluencia de masas de inmigrantes de todas las latitudes que acuden a nuestro suelo acuciadas por las condiciones creadas por la economía capitalista internacional. De tal modo la Argentina se perfila ya como un pueblo productor que todo lo está supeditando al cartabón del producto. Hemos emprendido la carrera frenética del cuantum y nuestro patriotismo se complace en relevar, ante todo, la potencialidad económica acusada por las cifras del censo ganadero y por el sensible aumento de la cantidad de hectáreas sembradas. Los órganos de la prensa llevan en esto la más cuidadosa estadística que se conoce y la ostentan con orgullo en el balance de cada año que fenece. Y, sin embargo, es sorprendente advertir que nunca nos hemos detenido a definir nuestra concepción del trabajo y de su producto. Ni los estadistas, ni los pensadores, ni los hombres de negocios, ni los propios trabajadores han dedicado al tema un momento de reflexión. Nuestra carencia de bibliografía responde al hecho de que hemos aceptado el trabajo y la producción como unas cosas meras y simples, desprovistas de presupuestos centrales. Todo lo que se piensa al respecto es que necesitamos producir y producir mucho para ser fuertes.

¿Habrà que inferir de esta realidad que el hombre moderno ha logrado desvincular el trabajo de la raíz religiosa que dió nota distintiva a la existencia contemplativa? Tengo por demasiado aventurada la respuesta afirmativa que, de una y otra parte, se ha dado al interrogante. Una respuesta sólo puede formularse en base a una determinación más profunda de la esencia del hombre. Si es verdad que toda actitud de este responde a una disposición radical en cuya virtud todo es medido por él en función de su sed de eternidad, resultará siempre más conforme a nuestra naturaleza referir a aquel fondo irreductible nuestro problema. El hombre se convierte en un desertor de la vida desde el momento en que sospecha que ésta, no siendo más que un tránsito dispuesto entre el nacimiento y la muerte, no puede ofrecer garantías a su íntimo anhelo de persistencia infinita. Refúgiase entonces en las cosas duraderas y confía su inmortalidad a lo que considera que nunca pe-

recerá: en ocasiones, el Dios, en ocasiones, el bien. El punto inicial de la personalidad, en la acepción auténtica de esta palabra, está siempre señalado por la asunción de un valor, porque el valor es el único título de nuestra seguridad. Ya emprenda el camino de los valores religiosos, renunciando a las actividades que se relacionan con la existencia inmediata, ya renuncie, desilusionado y descontento, a la falacia de las visiones divinas y se afane a las cosas que le prometen una exaltación de su propia potencia, el hombre es un empedernido creyente que tiñe de eternidad las cosas que toca.

No hay tragedia más grande que la que sucede a la muerte de un dios. El cristianismo, hiriendo mortalmente la concepción pagana para la cual el universo era algo eterno, hecho y ant-histórico, reemplazándola por la idea de un principio creador, instauró la noción de proceso y planteó el problema de la realización del destino del hombre. Roto el orden antiguo, el hombre se refugió en la estructura teocéntrica; pero traía ya consigo el alma, la chispa que habría de conducirle a la rebelión con que se inician los tiempos modernos. Es imposible prescindir de esta línea histórica para fiar la concepción vigorante del hombre *faber*. Es una concepción que procede directamente de la concepción del hombre *sapiens*. Más todavía, si se tiene en cuenta que el orden medioeval, no obstante la instauración de su principio creador, mantuvo en vigencia la institución de la esclavitud, que hizo posible el mundo pagano, y no conoció las masas de la urbe moderna, es fácil advertir que la concepción homocéntrica insurgida contra el orden divino es la última consecuencia de la doctrina cristiana. No existe, en realidad, una oposición radical entre la concepción que subyace en el hombre *faber* y la contenida en el concepto del hombre *sapiens*. Ambas son de un mismo linaje. Ambas son direcciones dispares sólo en cuanto acusan dos actitudes valutativas diferentes adoptadas por un fondo religioso idéntico e irreductible. La sentencia anunciada por boca de Pablo de Tarso a los tesalonicenses de que quien no trabaja no debe comer (2 - 3 - 10) procede de la misma entraña que la que ha pronunciado el comunismo triunfante.

No importa que el liberalismo haya rehuído el control eclesiástico. Tal hecho no quita a sus empresas el sentido religioso

que discurre en sus fines como la sangre en las venas, y es un fondo de verdad evidente el que asiste a las palabras de Marx cuando afirma que el hombre de la ganancia sacrifica el placer de la carne ante el fetiche del oro. La fe en las virtudes eternizantes del oro culmina en este terrible asceticismo que así se presenta como descarnado de acentos éticos, religiosos y sociales. Es una mística de las cosas; pero es una fe. En el naufragio del individuo exaltado por el poder que ha cortado las amarras con la historia y la sociedad, el don del oro se presenta a la salvación de su alma como un islote seguro. El afán de producción de cosas materiales está animado por la fe en esas cosas. Es la suya una religión de las cosas. No pierde su carácter de fe porque le llamamos fetichismo y porque lo juzgamos como algo brutal y teratológico. No lo pierde tampoco porque lo notemos desligado de un sistema de fines. Todo pueblo, toda clase social que revela el cartabón de la cantidad acusa el momento en que va a confiar su eternidad a las cosas. La Alemania anterior a 1914 fué feliz mientras abarrotó los mercados del mundo. El espanto, la tragedia la ha asaltado en la hora en que se ha dado cuenta de su impotencia para producir y, sobre todo, en que ha caído en la certeza de la ineficacia de las cosas materiales como soportes del anhelo de eternidad. En la repentina revelación de la fragilidad de la forma escogida, ha sucumbido su dios y nada como la situación que ha sucedido al crepúsculo del poderío industrial explica la incertidumbre en que se debaten sus espíritus de elección. Reside ahí, me parece, la añoranza con que un Max Scheler vuelve sus ojos al orden rigurosamente jerarquizado que erigió el Cristianismo, orden que hoy cobra el prestigio de un modelo en la crisis del mundo moderno.

“Hay una desesperación de los pobres y hay una desesperación de los ricos, que, aún cuando se expresan de modo diverso, son de una misma naturaleza”, —escribe Max Scheler— y no creo aventurado pronosticar que también Estados Unidos va a asistir presto, en medio de su opulencia, a la muerte del dios ganancia a quien rinde veneración. Síntomas inequívocos acusan la vacilación de su fe. Después de superestimar los productos de su industria no sólo por la cantidad sino por sus virtudes adquisitivas de oro, que es, para aquel país, el único cartabón que mide el trabajo al ser el oro

la sólida garantía de persistencia, llegará un día, —está llegando ya acaso— en que, embriagado de poderío, ahito de su tesoro y enfermo del inútil imperialismo que ha agotado la bolsa extranjera, desconfiará de su dios. Será el día de su crisis y esa crisis será una de las más terribles que se recuerden porque su morbidez carecerá del consuelo que el hombre europeo, más plástico y flexible, encuentra hoy en los valores de su tradición.

No se puede predecir si el hombre argentino aprovechará de la dura lección que le ofrecen los dos ejemplos más típicos de exaltación de la religión de las cosas. Nada hay en su conducta que permita adelantar propósito de curarse en salud. Por el contrario, paga tributo a la admiración que despiertan los Estados Unidos, y un fácil simplismo, hecho carne en el ideario de escritores y profesores, le induce a imitar el modelo alucinador y brillante. Corremos el riesgo inminente de depositar nuestra fe en la riqueza. Por eso no veo para nuestro país un deber más urgente que el de instaurar un régimen educativo que nos permita aclarar y precisar una concepción del trabajo en íntima relación con la vida espiritual, anímica y corporal del hombre argentino y con su mundo de valores objetivos.

Porque el defecto capital que cabe imputar a la concepción del trabajo en vigor hasta ahora consiste menos en su carencia de sentido religioso que en su falta de estricta referencia a un sistema de fines. En lugar de adecuarse a un sistema de fines —Estado, familia, organización, derecho— la actividad productora ha ido configurando esos fines de un modo secundario, circunstancial, como si ellos pudiesen ser consecuencias del trabajo mismo. Todo ha parecido asunto de hechología. La actitud que, en la constitución de la ciencia, pretende llegar al método y al objeto por el camino de los hechos, como si el método fuese algo abstracto y no una potencia conductora, un presupuesto anterior al designio constitutivo, se refleja, políticamente, en la noción del Estado abstracto, sin influencia en las actividades humanas, sin relación inmediata con el acontecer económico. Pero bien cierto es que, así como la inteligencia referida al conocimiento y a sus aplicaciones es un sistema de fines objetivos independientes de los hechos, también el Estado está lejos de ser una consecuencia del trabajo como no



lo es tampoco la organización de una fábrica, como no lo es la ganancia del capital mero y simple sino el capital organizado de un modo vital en la empresa. (1)

Innecesario es también añadir aquí que nunca nos hemos propuesto la meditación de esos sistemas de fines, como si esperaríamos del trabajo mismo el remedio de la anarquía en medio de la cual se realiza. El hombre argentino no posee una idea, siquiera sea aproximada de su Estado, de su comunidad, de su derecho. Sacudido por el aluvión inmigratorio, como un alga juguete del flujo y reflujo de corrientes externas, tiende a aferrarse a las cosas que relevan su vida individual y engaña las aspiraciones nobles que trabajan en el fondo de su conciencia con el éxito transitorio que lo destaca, siquiera sea un momento, en el ambiente anodino en que se debate. El hombre argentino, el "hombre a la defensiva" que dice Ortega y Gasset, (2) es, sin embargo, un tipo en vías de formación y me parece evidente que el canevas del esquema psicológico *a priori* que nos ha aplicado, en su análisis, el pensador español, ha dejado escurrir por su retícula las presas psíquicas más ricas de la realidad del alma argentina. La actitud del hombre argentino es una actitud de *camouflage* —arte, literatura, ciencia, política, todo es en él *camouflage*— pero lo es menos por una disposición psicológica esencial y definitiva que por la virtud de su carencia de sistema de fines objetivos. Apela a la defensiva, al *camouflage*, porque no tiene respuesta que dar y no tiene respuesta que dar porque carece del orden de donde emanan los tipos y las respuestas.

Como quiera que sea, la aclaración del concepto del trabajo no puede salirse del marco señalado al destino del hombre por un sistema de fines objetivos. Por haber atendido a un momento his-

(1) Max Scheler, *Arbeit und Ethik*, en *Schriften zur Soziologie u. Weltanschauungslehre* — Leipzig, 1924.

(2) En realidad de verdad, Ortega y Gasset ha generalizado con excesiva premura, las observaciones obtenidas en su contacto con algunos intelectuales. Su psicología es la psicología del intelectual argentino, el menos serio y responsable de nuestros tipos de transición. No es una psicología del argentino. El *argentino* no ha venido todavía y nada me parece más previsible que su fisonomía dependerá de la influencia que cobre orgánicamente dentro del aluvión inmigratorio el fondo ascético que nos ha legado el alma castellana. Ese fondo duerme aún en la entraña genésica y yo espero que cuando ella despierte, en el despertar de nuestra conciencia de pueblo estremecido de anhelo de eternidad, comunicará a la formación étnica, en condiciones propicias, el sentido heroico que culminara en el descubrimiento de América, el hecho de más alto heroísmo que han visto los siglos.

tórico en el que el trabajo se presenta bajo las apariencias de una violenta desvinculación de todo sistema de fines es que Max Scheler le asigna notas que no son del todo adecuadas al fenómeno examinado.

La palabra *trabajo* se nos presenta en tres sentidos diversos. Una vez, significa la actividad humana y también animal y mecánica, como acontece cuando se dice de una máquina que “trabaja bien”; otra vez, significa el producto material de la actividad, como cuando se dice: “es un lindo trabajo”; la tercera se refiere a una tarea. Estas tres aplicaciones constituyen, en la palabra, una totalidad de trama íntima e indestructible: fin - actividad - cosa. En el concepto así creado, ni el fin está sobre la actividad como llamándola, ni la actividad está sobre la cosa como afirmándola. Es una unidad cerrada y concluida en sí misma. Se precisa con más acusados relieves cuando se la contrapone a otro estricto concepto, al expresado en la palabra *crear*, con el que se la confunde a menudo en el uso corriente. En el crear la soberanía sobre el objeto que caracteriza a la actividad, soberanía que la hace más libre y más vigorosa, rompe, por así decirlo, la indisoluble unidad que rige en el concepto trabajar. La rompe, a las veces, de tal manera que, en los casos en que el fin es logrado con mayor pureza —como en la creación del artista, como en la obra divina que crea el mundo de la nada— lo material es reducido a cero. (1)

De este distinguo, obtenido mediante un examen de notas manifestadas en el léxico, se sigue que el trabajo no es una actividad finalista. El error del socialismo, que afirma que el trabajo es el creador de todo valor, consiste en no advertir bien que no es el trabajo mero y simple el que crea valores sino aquel trabajo que satisface necesidades reales. Lo que valore un bien económico no es, pues, el trabajo contenido en él, sino su uso, su aplicabilidad, que es, en definitiva, lo que comunica fin y objeto a aquella actividad que, tomada en su sentido intransitivo, es a - racional, (2). Toda empresa que se propone un fin deja, por ello, de ser un trabajo.

De aquí que Max Scheler vea en el crear un hacer concluso: el cuadro que pinta un pintor es algo terminado, concluído; el sistema de un filósofo, es algo terminado, concluído, aún cuando sea

(1) M. Scheler. Arbeit u. Ethik. pág. 34.

(2) Max Scheler. Arbeit und Ethik, p. 38.

susceptible de retoques; mientras que el trabajo se le presenta como una serie abierta de actividades que cobran finalidad sólo bajo la influencia de un sistema de fines dados: el arquitecto, por ejemplo, no concluye una casa, sino que la casa concluída se liga, en su hacer, al sistema de nuevas conclusiones.

Las consecuencias deducidas de la distinción conceptual que anteceden van demasiado lejos. Cuando Max Scheler reduce el concepto del trabajo a unidad cerrada, que sólo se tiñe de accidental finalidad bajo la luz de un sistema de fines, extraños a ella, le atribuye una ceguera incompatible con aquel fondo religioso que preside todos los actos del hombre. Vistos desde aquel fondo religioso, la obra salida de las manos del obrero es, a igual título de la obra salida de las manos del artista, un mensaje de los dioses. Es cierto que el hombre trabajador, en el momento de entregar un producto a la circulación no se detiene a reflexionar sobre las consecuencias éticas que su uso tendrá, ni sobre la persona y la necesidad que satisfecerá; pero es indudable que, aún cuando más no sea que de un modo obscuro y confuso, presente la misión afirmativa del producto. En el fondo del afán desmedido por producir en gran escala que releva, en nuestros días, el cartabón del quantum, late, como ya se dijo, esta fe en aquella misión, y late en un modo tan acentuado que ha dado al producto la primacía exagerada que el hombre *sapiens* acordó al principio pneumático.

Este presentimiento que así limita eso de la independencia del producto de todo fin puesto fuera de su concepto, va acompañado de otra nota del trabajo que es el amor a la calidad. Cuando colocamos un producto de la industria europea al lado de un producto de la industria estadounidense, advertimos que aquel es más concluído que éste. Con esta observación aludimos a la *calidad* de la obra. ¿De dónde procede esta valoración sino de aquel fondo religioso? El cartabón que mide la producción por el *cuanto* acusa un momento de la creencia en la eficacia de las cosas como soporte de eternidad. La calidad no es anulada en ese momento; es relegada a término secundario en una fase en la cual —como acontece en Estados Unidos— la cantidad misma entra a ser dominada por otro poder, la ganancia, mejor aún por el oro que procede de la cantidad y la mide a su vez. Hay pueblos que parecen ingénitamente incapaces para la producción en gran

escala —el francés, por ejemplo— y que, en cambio poseen una fina disposición para la calidad, y es sugestivo observar como estos pueblos, decadentes si se los mide por el cartabón de la cantidad, acrecientan la vida espiritual y se realizan en sus valores. A pesar de todo, lo importante es sentir que en ninguna de estas fases la calidad deja de pertenecer al trabajo sino que subyace en él y a las veces aflora a la superficie, bien que con sentido pragmático, en los instantes álgidos de la competencia.

La *libertad*, que es otra nota del trabajo, no es aquella actitud en cuya virtud parece como que la actividad está reglada por nuestra voluntad, sino la que está reglada por el sistema de fines objetivos en cuya atmósfera trabajamos. Indudablemente, no siempre la elección de una profesión se realiza por un acto de voluntad acorde con la inclinación o la vocación personal: la densidad cada vez mayor de las masas parece tornar cada vez más difícil esta libertad electiva. Pero la libertad nace del sometimiento a los fines objetivos. La persona se realiza en un orden, en la libertad de ese orden que acata con humildad y fidelidad porque es “su” orden. Nuestra aversión a la esclavitud y al orden que la impone, procede de que ella niega la personalidad. Para la esclavitud el trabajador es siempre un mero ejecutor de ese esfuerzo definido como una unidad fin - actividad - cosa. La idea de la libertad trasciende esa unidad. La personalidad definida por su referencia a un valor, por su adhesión a un valor, sólo es posible en el sometimiento a un libre sistema de fines. *Sub leges libertas*.

Desde el momento que el individuo asume para realizarse como personalidad la vía del trabajo, nace, para él, el derecho al trabajo y se plantean las consecuencias de ese derecho en relación al producto. El *debe* realizarse como personalidad. La obligación de trabajar responde a un imperativo ético de un orden general que, por ser general, incumbe a todos. Pero parece claro que no se logrará ese fin ético sin un correlativo derecho a los medios escogidos para realizarlo.

Una estructura social ordena a su modo las posibilidades abiertas a la personalidad y crea para sus miembros un estado de cooperación y de co-responsabilidad. El obrero, el sabio, el religioso, el industrial, el político, todas las diversidades, tienen de co-

mún el estilo de ese orden y responden a su tabla de valores. Hay para cada uno una tarea asignada y su realización es una fuente de placer que torna gozosa la pena y el sacrificio exigidos por el esfuerzo puesto en juego para realizarla. El sudor del trabajo está enjugado de antemano por la eternidad prometida y sólo cuando la ruptura de aquel concierto de cooperación y de co-responsabilidad introduce la duda en la suprema finalidad del esfuerzo, es que éste se reduce a una mera actividad psicofísica lacerante y se torna castigo. Es entonces castigo —*in sudore vultus*— porque se frustra su dios —tal la ha conocido el obrero bajo la esclavitud de la anarquía y del imperialismo capitalistas— pero no es castigo para siempre sino una caída que el propio trabajo puede redimir con la chispa espiritual que alienta en su seno, como la visión divina en el surco de Isidro.

Max Scheler parece inclinarse a negar al trabajo la nota de la *alegría*. Partiendo de la distinción entre el trabajar y el crear, llega a formular la proposición de que mientras menos espiritual es una actividad, más acusa la nota del displacer. Esta proposición, que es del mismo linaje de la que niega al trabajo las otras notas que hemos señalado, tiene su origen en el punto de partida.

En aquella distinción inicial no se ha advertido de un modo suficiente que el concepto de crear procede de una enérgica revelación del elemento espiritual contenido en el concepto originario del trabajo. La concepción del trabajo del hombre griego —la primera de las cinco fases del desarrollo del hombre occidental, según Peter Wust, para quien el “*homo naturaliter oboediens*”, de la antigüedad es la manifestación con que comienza el proceso humano que hoy remata en el “*homo faber*” (1) fué estrictamente la definida por los tres elementos fin-actividad-cosa. Lo fué porque, como queda dicho, lo dominaba la idea del mundo creado, perfecto y eterno, sólo susceptible de contemplación. Pero el principio pneumático aportado por el Cristianismo, impregnó de espiritualidad el concepto y desde ese instante la actividad, como elemento del trabajo, cobró la supremacía sobre los dos elementos restantes. La cobró de tal modo que, en su manifestación más enérgica, llegó a absorber las dos notas restantes para convertirse en *crear*. “Dios

(1) Die Krisis des abenlandischen Menschentums — 1927.

creó el mundo'' de la nada'' es la frase que indica la soberana y pura realización de un fin, ya presentido en la epopeya de los héroes —Teseo, Hércules— creadores de pueblos y de culturas. La pura actividad, la actividad que no ha menester de materia, la actividad creadora, ha nacido en el hombre, enfrentándolo al inmenso paisaje de lo sobrenatural y va ahora a regir, vértice ideal, la vida entera de toda una edad. Desprendido del trabajo, el puro crear se forma su concepto: mientras aquél expresa la labor del individuo que no ve los valores supremos —el esclavo, el siervo, el vasallo—; éste expresa la actividad de los elegidos que tienen ojos para ver las verdades divinas.

Hay, entre ambos conceptos, una situación que corresponde al artista, al pensador, al intelectual. Estos crean; pero no crean *ex-nihilo*. Necesitan vencer con tenacidad la materia indómita e indócil. La actividad es en ellos un esfuerzo por anular la materia y por eso nos inclinamos a decir que su labor no es un trabajar sino un crear (1). Pero este crear no se ha desprendido de lo material. Lejos de ello, torna sobre él y lo tiñe de luz espiritual. El concepto entero de crear parece volver a su fuente originaria, que es fuente de juventud, y este acontecimiento, perceptible en la realidad de la post-guerra, es, a mi juicio, el anuncio más claro de una nueva síntesis que se va a lograr en el mundo.

### 7 — *El tempo del trabajo*

Hasta las vísperas de la guerra mundial, el trabajo intelectual se hallaba colocado en un grado superior de la escala valutativa. El trabajo corporal, a su vez, ocupaba un grado inferior. La distinción no ofrecía ninguna dificultad. Conocemos ya, por lo que antecede, el proceso de este modo de ver. A pesar de las fluctuaciones políticas y sociales posteriores a 1789, la producción de un publicista, el discurso de un orador, la poesía de un poeta, el romance de un novelista, fueron siempre mantenidos en una esfera elevada. Dueño de la opinión pública, el intelectual tuvo asegurado su puesto, cualquiera fuese la personal actitud que adoptase respecto a

(1) Los idiomas más trabajados acusan bien estos matices introducidos por la tendencia al puro logro de un fin. En alemán, *kennen* expresa conocer; el posterior añadido de la partícula *er* —*erkennen*— expresa la idea de un conocer puro. El artista crea (*schaft*); Dios crea (*er-schaft*).

los credos y a las doctrinas, ya estuviera en la reacción, ya propugnase ideas revolucionarias. Pero la agudización de la lucha de clase, al polarizar en dos bandos contrapuestos las manifestaciones sociales, ha ido socavando incesantemente su poderío hasta el punto de que el intelectual ha terminado por verse colocado entre los dos contendientes. Desde entonces su condición ha ido empeorando en el grado en que aquellos, acentuando su indiferencia por los contenidos espirituales, circunscribían el duelo al campo económico. En tal apretura, ha debido optar entre vender su pluma al capitalismo o en abrazar el partido del proletariado. Las dos soluciones propuestas por este dilema, han tenido por consecuencia inmediata una desvalorización de las creaciones espirituales. Ambas importan reconocer la impotencia de esas creaciones para orientar el curso de los acontecimientos y para dar tono y estilo a la cultura del siglo. Y así se ha ahondado la tragedia del intelectual. Los sollozos de un de Vigny obligado por la necesidad a llevar sus poemas al mercado repercuten hoy bajo la serenidad contenida del último gran poeta de Francia: "La crisis económica es visible en toda su fuerza; pero la crisis intelectual, más sutil, y que, por su propia naturaleza adquiere las más equívocas apariencias, (desde que ella ocurre en el propio reino de la disimulación) sólo difícilmente permite aprehender su punto y su fase". (1)

El intelectual es un *en-dehors*. Su actividad no cuenta ni para el capitalismo ni para el proletariado. Aquél lo degrada al comprarlo; éste le desconfia porque no pertenece a su clase. Hoy mismo, en la propia Alemania, tan saturada de socialismo, esta desconfianza se acusa con relieves tan pronunciados que ha provocado el franco y rudo exámen en que Hendrik de Mann denuncia este estado de cosas (2). En peores condiciones que en Alemania, ha acaecido lo propio, en nuestro país, desde el día que las coyunturas electorales facilitaron la ascensión política de las capas populares. Nos ha invadido una especie de irracionalidad primigenia que ha dislocado de un solo golpe la estimativa habitual, dando al traste con lo que hasta ayer se reputaba un valor admitido, y causando

(1) Paúl Valery. Variete, 15.

(2) Die Intellektuellen und der Sozialismus — Diererichs Verlag. 1926. Del estado reciente de este problema instruye un artículo de Amg Habaron, publicado en "Le Monde" que dirige H. Barbusse, del 18 de Mayo de 1929.

en las masas el descrédito de todo lo que signifique un contenido espiritual. Son hechos sintomáticos de una crisis que no deben ser tomados como simples actividades literarias tanto la adhesión incondicional que escritores de rango ofrecen a la masa triunfante, como la actividad de otros que, imitando a Maurras, proclaman con desesperación la hora de la espada.

Nada explica tan bien el éxito obtenido por el movimiento tradicionalista promovido por Barres y Maurras como la visión precisa que ellos han tenido de la difícil situación en que ha caído la inteligencia francesa. La crisis espiritual que, para Valery es todavía una cosa apenas sentida, es para ellos, un acontecimiento revelado en toda su crudeza por la crisis económica. El francés, que no se decidirá nunca a confesar el ocaso de su civilización, ha debido reconocer esta vez que la realidad económica ha creado un malestar incurable cuya víctima propiciatoria es el intelectual. El intelectual ha sido sacrificado por la atmósfera industrial y mercantil en que se mueve la vida social. Imbuída del espíritu de contrarrevolución cuyas raíces se hunden en un tradicionalismo civilizatorio, la *Action Française*, ha tratado de sacar partido de la situación ofreciendo a la inteligencia la tabla de salvación de la monarquía hereditaria y antiparlamentaria. Sólo la monarquía aliada con la Iglesia Católica puede favorecer el partido de los creadores espirituales porque, frente al capitalismo judío internacional sólo la Iglesia Católica se presenta como la genuina depositaria de las fuerzas espirituales.

Pero toda la sagacidad desplegada por los tradicionalistas para acusar y determinar el problema se ha estrellado al buscar el remedio fuera de las condiciones del tiempo. Su actitud es, en realidad, una fuga, una fuga al pasado irresucitable. Una fuga frustrada. Porque no ha podido evitar que su propio movimiento haya sido cogido por la realidad de la que ha querido escapar. La mejor prueba de ello está en el hecho de haber caído de pleno en el problema económico. No otra cosa es, en definitiva, la actitud de los sostenedores de *Le Producteur*, procedentes todos del campo de la *Inteligencia*, que se han dado a la tarea acuciosa de resolver la situación del intelectual estudiando las cuestiones del crédito, el seguro, la industria, la agricultura, a la par que las ciencias y las le-



tras. Apartándose decididamente de partidos y confesiones y reconociendo la caducidad del tiempo en que los literatos orientaban desde puntos de vista subjetivos la opinión pública, y en que los especialistas resolvían a su modo los problemas sociales, se han dedicado al análisis total de la realidad. Quieren "intelectualizar" esa realidad en modo técnico, esto es, penetrándola y aclarándola críticamente. Mediante un nuevo "método colectivo" propónense, en palabras de Clouard, "dar a la nación, a las personas y a los órganos responsables de la nación, análisis exactos de la sociedad en movimiento" (1). ¿Qué significa esto sino declarar la funcionalidad del trabajo espiritual? ¿Qué significa esto sino un desentronizamiento de lo que antes se veneraba en una esfera superior para asignarle puesto, como actividad social, al lado de las restantes actividades?

El intelectual se orienta hacia la producción. Se proclama productor. Toda la era adviniente se presenta ya como una era de productores. Nada de extraño el remozamiento de que ha sido objeto el saint-simonismo. Desde que el creador espiritual es colocado en la categoría del productor, todo hace posible —más aún, inevitable— la alianza de la pura inteligencia con la técnica utilitaria. Por primera vez en la historia, la poesía, el arte y la filosofía, considerados antaño como las formas más altas del espíritu, han admitido una armonización con las manifestaciones de la industria y el comercio.

El sindicalismo, en que se ha vaciado, últimamente, todo el esfuerzo desplegado por la inteligencia para superar el trance mortal, es una organización profesional que quiere acusarse como la forma que asumirá la función intelectual en la sociedad venidera. Es altamente significativo el hecho de que los mismos católicos lo hayan adoptado. Parece ser que la Iglesia, como potencia espiritual superior, es, por hoy, incapaz de resguardar la antigua posición del intelectual. ¿No será que la Iglesia misma ha sido alcanzada por el estado de cosas que ha trasmutado el concepto general de la actividad espiritual? En el propio pensamiento de Max Scheler, uno de los últimos creyentes en la eficacia de la Iglesia como poder

(1) Cit. en el agudo y penetrante ensayo que Robert Ernst Curtius ha dedicado a este asunto, *Der Syndikalismus der Geistesarbeiter in Frankreich* F. Cohen. 1921.

todavía incólume de coordinación espiritual, trasciende, interlineal y sutil, la íntima sospecha de que la propia Iglesia Católica está hoy tocada por aquel internacionalismo que el máximo pensador de nuestros días señala como la actitud contraria al incremento de la alta vida consciente (1). Por lo pronto, ha sido la Iglesia la que ha robustecido siempre la creencia de que la actividad espiritual es inútil para la acción y para la producción material, y es bien sabido que ese es uno de los prejuicios contra los cuales dirige sus fuegos la *Confederation professionnelle des intellectuels catholiques*. El neosint-simonismo gana terreno en todas las manifestaciones de la actividad. Profesiones y funciones espirituales de todos los matices se acogen a él como a una fórmula salvadora. Los intelectuales han allando, a lo que parece, las dificultades con que tropezaron, en los primeros momentos, y han coordinado la acción como una integración organizada de la producción. Aún aquellos que permanecen rehacios a toda actitud sindical denuncian, en el hecho, el matiz corporativo del tiempo.

Es de todo punto difícil aprehender en todas sus nuances la exacta relación existente entre el movimiento económico y la acción de la inteligencia. En el fondo de la acción de la inteligencia aparece con claridad una reacción contra las potencias comprometidas en la lucha de clases, esto es, contra el capital y el trabajo. Los intelectuales sindicalistas católicos han pretendido rehuir la infructífera lucha de clases. Pero el sindicalismo es esencialmente una tercería en la lucha de clases. Desdeñados por el Estado capitalista, por una parte, —según lo ha señalado Maurras— y desdeñados por el proletariado, por la otra, los intelectuales han respondido con una invención —el sindicato— que, aun cuando ha cercenado el valor convenido de lo espiritual, se ha insertado como una cuña en la propia lucha de clases. Para el Manifiesto Comunista el trabajo corporal es el productor de toda cultura. Consecuencia de tal afirmación ha sido la abierta ojeriza que Marx (2) expresó siempre en contra de los intelectuales y que cobró una violencia inusitada cuando se refirió a los “aliancistas” italianos “abogados sin pleitos, médicos sin enfermos y sin ciencia, estudiantes de billar, viajantes y otros

(1) Soziologische Neueorientierung u. d. Aufgabe d. deut. Katholiken-Schiffen, t. III.

(2) Cit. en Sorel, La decomposition du Marxisme, 3ª ed., p. 55.

empleados de comercio y periodistas de la pequeña prensa. Nada más natural que el repudio de quienes sólo desean integrar, mediante el favor de las masas, la minoría que, en todos los tiempos, ha usufructuado pro duomo suo, el Estado, y el relevamiento de la eficacia de la lucha de clases para imponer, no esa minoría escogida, sino toda una clase, la clase desposeída.

Esta actitud, que ahora sólo tiene un valor histórico, y que se explica por la concepción económica de la historia, se ha mostrado insostenible tan presto como se ha integrado el cuadro de la realidad a virtud de la nueva disposición de la inteligencia. Es justo reconocer que la oposición del proletariado al trabajo espiritual ha dependido menos de la esencia de su movimiento que de la acentuación unilateral y circunstancial del materialismo económico. A pesar del exclusivismo de esta teoría, el movimiento social contenía valores que recién hoy adquieren actualidad y que se afirman a medida que nuestra era se define como una era de productores y se reconocen, recíprocamente, los grupos y las clases partícipes de la obra común. Es de todo punto sugestivo y elocuente, a este propósito, el giro que ha tomado el socialismo en el pensamiento de la juventud alemana. Basta leer las obras de un Radbruch, de un Hendrik de Man, de un Korn, de un Heller, de Ludo von Hartmann, para pulsar la nueva y promisoría actitud que ha asumido el movimiento a virtud del comprensivo esfuerzo de superación del materialismo económico. Afloran en él valores que pasaron inadvertidos hasta hace poco, valores que estaban en él, en la vida heroica de sus propios progenitores y en la propia doctrina caldeada y animada por el soplo interior de los ideales de la justicia social, de ayuda mútua y de una auténtica comunidad. El socialismo no es asunto de estómago y de masas; es asunto de conciencia moral gobernando la existencia social, dice Heller, con profundo sentido <sup>(1)</sup>. La liberación del espíritu del capitalismo es una obra de cultura: la superación de la antigua fe en el orden existente por una nueva fe, dice Hendrik de Man <sup>(2)</sup>, con aguda percepción de los valores sociales.

No se trata de pensadores aislados, ni de voceros de un par-

(1) H. Heller. Sozialismus u. Nation — Berlin, 1925.

(2) Der Sozialismus als Kulturbewegung, p. 45 — Berlin, 1926.

tido o de una confesión determinada. Toda la vida alemana está, en estos momentos, encauzada en el mismo sentido integralista en que se mueve la vida francesa. Teñida está ya de la nueva ética del trabajo. El *tempo* del trabajo —técnica, impulso creador— ha conferido una insospechada fisonomía a pueblos y hombres. Grupos, clases y profesiones que hasta ayer permanecieron en actitud de expectativa, —intelectuales, artistas, el clero, la familia, los profesores— se encuentran comprometidos en la actividad, apurada y creciente, de la producción. He señalado en estas Investigaciones el giro que asume la juventud como oposición a la vieja generación, el proceso disolutivo de la familia y la insuficiencia actual de las formas confesionales. Todo eso ha sido arrastrado por la ola de la producción. ¿Necesito añadir que también la “cuestión social”, ha sido superada por ella? Con fina percepción de la realidad, Foerster reconoció, hace tiempo, que la clase poseedora ha perdido la fé en el derecho de sus privilegios. (1)

Lo que entonces era, en Foerster, una intuición que acusaba el declinar del espíritu capitalista y la aceptación del derecho del trabajo, es, hoy, una cosa evidente. Pero también el sensible suavizamiento de las aposturas revolucionarias a *outrance* —acontecimiento palpable en la atmósfera social de estos últimos tiempos— señala inequívocamente que la lucha de clases se ha transformado de acuerdo al sesgo que le imprime la reciente impersonalización impuesta por las condiciones vitales de la sociedad. Corporaciones reconocidas asumen la representación de los intereses particulares bajo la égida de un claro sentido de la comunidad. Ciertamente, la tendencia está ponderada por los vigilantes reparos de aquellos que no quieren caer en un mero burocratismo; mas, esta actitud, lejos de negar, afirma la profundidad de la síntesis que se opera. Como en el neo saint-simonismo francés, también aquí la técnica se refina y la economía se racionaliza. La profesión es ya una magnitud *labile*. La centralización es una consecuencia inmediata. Franz Schürholz ha resumido, recientemente, en una disertación en la Hohenrodter Akademie de Kornburg, este estado de cosas al decir que el hombre del presente experimenta la representabilidad de su función y se siente obligado, desde el fondo de su existencia, a relativizar su

---

(1) F. W. Foerster, Cristianesimo e lotta de classe. S.T.E.N. — 1902.

propia situación en la vida del trabajo de su pueblo. Hombres de un pueblo industrial —concluye Schürholz— debemos totalizar el “mundo del trabajo” incorporando a él a los defensores de los valores de la cultura y a los pedagogos que todavía, en buena parte, se encuentran fuera de él”. (1)

Estimo innecesario agregar referencias de los restantes países cultos del mundo. Fuera incurrir en tautologías ociosas. Muy cerca de nosotros está la experiencia italiana que ha culminado con el decreto relativo al Estado corporativo, lleno de resonancias de la doctrina de Sorel. La propia Norte América acusa ya la necesidad de modificar su “americanismo” integrando el acentuado giro económico de su vida con preocupaciones culturales y espirituales. Notoriamente, las relaciones entre el capital y el trabajo cobran una distinta fisonomía bajo la influencia de una ética nueva que tiende a reemplazar la moral utilitaria (2). Plena de sugerencias es en este sentido, la notable fundamentación de la Escuela de Comercio, inaugurada en Nueva York en Octubre de 1927, que debemos al profesor F. Adler.

El mundo asiste al nacer de un orden cuyas líneas se perfilan en las penumbras de su alba genésica. No soy de los que esperan que ese orden carezca de contrastes y de conflictos. El *ethos* del trabajo que he encontrado en la realidad tal como la veo y la entiendo, es el *ethos* común de una época, el *ethos* que ya suma, acoge y favorece, comunicándoles un sello distintivo, a múltiples *ethos* particulares —de clases, de profesiones, de funciones, etc.— que ejercitan y epercitarán siempre un activo juego dialéctico regularizado por el denominador común.

Es un producto decantado por una labor en la que han intervenido diversos factores de la realidad histórica. Como tal se ha henchido de un inesperado sentido. No quedamos del todo satisfechos cuando referimos el trabajo al esfuerzo que realiza el obrero en una jornada determinada, ni cuando lo referimos al esfuerzo del

(1) Die Erziehung — Junio de 1927.

(2) Alfred Rühl: Von Wirtschaftsgeist in America 1927, cit. en Aloys Fischer, Weltage u. Erziehungsproblem i. d. Gegenwart. Curtius cita (p. 25 ob. cit.), el discurso pronunciado por Charles Schwab, presidente de la *Bethlem Steel Corporation*, en la Univ. de Princeton, en el que éste (bien que con espíritu pragmatista), dice que se debe cultivar la belleza. “Las bellezas contribuyen al éxito”.

publicista que escribe una obra. Ambos operan en un clima ético común y este clima ético interviene de un modo esencial en la definición del concepto. Pero el concepto es todavía más rico. El trabajo ocupa hoy el rango que antaño ocupaba el *ocio griego*. El ocio griego valía, sobre todo, por ser algo tocado de libertad y alegría. Todo lo contrario del esfuerzo impuesto al esclavo, como se ha dicho. Cuando la clase trabajadora exige una disminución de la jornada de trabajo no lo hace tanto para resolver el problema de la desocupación, como creen algunos, cuanto porque, en el fondo, aspira a compensar con el ocio activo la alegría que falta al esfuerzo pagado con el salario que necesita para vivir. Radbruch habla de la alegría de la obra. “El trabajo que no se ejecutase en provecho de un extraño sino para beneficio de la comunidad reportaría por esto mismo una alegría”. (1) La cultura naciente hace suyo el ideal de Fichte “el hombre debe trabajar pero no como un animal de carga”. Mas, ¿qué es esto, sino tornar al sentido aristocrático del ocio griego? ¿No parece evidente que el concepto del trabajo se impregna del sentido aristocrático del ocio griego? No importa que en el hecho existan casos en los que esta alegría y la libertad que la condiciona no se realicen; basta con que el concepto esté cargado de esa aspiración. Sino se cumple en el hombre particular, se cumplirá en la comunidad a la que pertenece. Este elemento del trabajo estaba ya en el propio ideario de Marx y fué expresado por él, en su obra fundamental, como el ideal de “la absoluta disponibilidad del hombre”, obtenida por un total desarrollo del individuo. Un ideal que se identifica con el ideal humanista.

La influencia que el proceso formativo de este concepto ha tenido en las manifestaciones sociales ha repercutido en la pedagogía de una manera extraordinaria. Los pedagogos lo han tomado de un modo diverso. Ya hemos visto que Rusia se inclina a aplicarlo en su sistema docente con una cerrada referencia a la comunidad. Esto depende de una valoración que coloca a la comunidad por encima de todo. No necesito repetir que, a mi juicio, el sentido pedagógico del trabajo deriva de su función en el individuo. Antes de destinar la persona al servicio de la comunidad es menester lograrla como persona. Esto quiere decir que debemos

---

(1) Op. cit. 25.

ascender al orden objetivo del trabajo por el proceso subjetivo del trabajo. Desde este punto de vista, reconcílianse términos que, dispuestos de otra manera, pueden parecer contradictorios. Pues, no existe oposición insalvable cuando se afirma que el acto educativo se cumple respecto del niño individualizado y de su alma, aquí y ahora, y cuando, al mismo tiempo, se acusa el ideal que dá estilo a su tiempo.

### 8 — *La docencia del orden que nace*

¿Cuál es la organización docente que conviene al orden perfilado en sus líneas centrales?

El plan propuesto atiende, hasta el último año de la Escuela Media, al educando considerado como *natura naturans*. Crea para éste una esfera de pura escolaridad. El interrogante al que ahora debemos dar adecuada respuesta se abre en los dinteles de los institutos superiores.

Se abre, con todo rigor, al final de una investigación cuyos resultados demuestran la insuficiencia de la Universidad para las funciones que hasta ahora parecían pertenecerle por derecho exclusivo. No es que esas funciones hayan desaparecido; lo que ocurre es que la Universidad como instituto único ha sido excedida y dispersada por ellas. Así, pues, lo que corresponde es formular resueltamente la pregunta de esta manera: ¿Cómo debemos reemplazar, o modificar, el antiguo organismo? ¿Cómo debemos hacer para servir la función general, la investigación científica, la dirección profesional y la cultura popular?

Este plan guarda silencio respecto de la extensión universitaria. ¿Es que ella es imposible y no debe tomarse en serio? Si nos referimos a la actividad que, bajo este nombre, hemos conocido hasta las vísperas de la guerra, la respuesta no puede ser si no afirmativa. Pero ya se ha visto cómo en el fondo de aquella iniciativa desordenada, incoherente e infundada, corría una fuerza secreta y vital que pugnaba por rebasar la forma exterior bajo la cual circulaba. Esa fuerza es el ideal de totalidad y el ideal de totalidad es el que ha roto la estrecha envoltura de la extensión mera y simple y exige hoy a la educación una integración de la vida.

No basta ya la influencia “de arriba” que la Universidad

quiso ejercer utilizando algunos de los bienes de la cultura que ella administra y conserva: se reclama toda la escuela. Todo el proceso formativo es el que ahora exige el espíritu del tiempo. Radica en esta exigencia, justificada por conclusiones pedagógicas ponderadas, la profunda razón de ser de la Escuela Unica. El problemita de la extensión universitaria, muerto y enterrado, renace, en estos momentos, transformado y pleno de vida en la unicidad escolar.

He aquí por qué este plan, que está informado por el espíritu de la unicidad, guarda silencio respecto de la extensión muerta y sepultada.

Cierto es que con sólo establecer una escuela única en beneficio de todos, para todos obligatoria, no se resuelve la situación actual de los ignorantes, sobre todo, la de los adultos; pero también es cierto que, sean cuales sean las condiciones en que se plantee la suerte de esas personas, la influencia docente sólo conseguirá alcanzarles mediante procedimientos excogitados de acuerdo a lo que, en cada caso, aconsejen las circunstancias. La instauración de un plan orgánico presidido por la unicidad entraña el propósito de suprimir el empleo de esos recursos provisorios y accidentales en un porvenir no distante, y esto es todo lo que humanamente se puede pedir a este plan. A este plan y a cualquier otro que se elabore con miras a la vigencia.

Naturalmente, la unicidad dispuesta para beneficio de todos no concluirá su misión con seguir al educando hasta el último año de la Escuela Media. En el último año de la Escuela Media se llega al punto en el que el proceso formativo se pone en contacto con la profesión, con la investigación científica y con la vida espiritual. Ese contacto está ya preparado por el contenido de los dos últimos años de esta Escuela. Si tenemos presente que la actual Universidad ha reclamado para sí, privativamente, las tres funciones nombradas advertiremos sin esfuerzo que los Institutos Superiores (comprendiendo en ellos los Institutos de Investigaciones), y las Facultades constituyen aquí un todo al que podemos llamar la nueva Universidad, un organismo rigurosamente condicionado por las fases formativas que lo preceden.

Todos los individuos de la comunidad argentina pueden y deben ascender al espíritu objetivo por el desarrollo determinado



por estas fases. Al salir de la Escuela Media, el destino de cada uno se cumplirá de acuerdo a sus condiciones sociales y económicas y a las aptitudes personales. En este momento docente el plan ha de concretarse a facilitar pedagógicamente el cumplimiento de cada destino, mediante la polifurcación que sucede a la estructura esencialmente escolar.

Unos escogerán el Colegio Profesional de Varones y Mujeres, cuyos cursos les habilitarán para llenar un oficio adoptado espontáneamente de acuerdo a la inclinación de cada individuo. Trátase de cursos breves porque están calculados para servir a los más numerosos, a los niños de la clase obrera, cuyas condiciones económicas no permiten la dilación inherente a las carreras que exigen una prolongada preparación; pero la brevedad no significa aquí término definido porque el oficio, por limitado que sea como función, es, para el espíritu que preside este plan, algo pleno de sentido, abierto a las posibilidades de ulterior desarrollo. Un albañil, un chofer, una cocinera han de adquirir conciencia cabal de que no cumplen una tarea mecánica y ciega impuesta por la dura necesidad de ganarse la vida sino de que cumplen, como personas, una función que enriquece y acrecienta el sentido de la propia personalidad. La docencia no puede, por sus propios recursos, superar las desigualdades económicas. Corresponde al Estado disponer los medios necesarios para que los hijos bien dotados de las clases desposeídas asciendan a las funciones que exigen más largos estudios.

Otros escogerán vías en consonancia con funciones más complejas de la vida económica, las funciones que ha creado el propio desarrollo industrial. Las diversas manifestaciones de la vida económica y las personas que las sirven —empresarios, negociantes, trabajadores, etc.— tienen a su cargo el manejo de los bienes y de las transacciones que constituyen el fondo económico de la nación. Estas personas son tipos formados por la propia comunidad. Llenan funciones específicas. Un sistema docente no puede, no debe excusarse de definir su referencia a la vida económica sin caer en las omisiones en que incurriera la docencia de la pre-guerra.

Todos los pueblos cultos se afanan por resolver este nuevo problema. No hace mucho que los propios industriales ingleses atribuyeron a los defectos de la enseñanza secundaria la inferioridad

industrial de Inglaterra (1). En un ensayo recientemente publicado en la "Revue de L'Institut de Sociologie", de la Universidad libre de Bruselas (2) Wilbois atribuye también a la instrucción secundaria francesa la insuficiencia para formar hombres de negocios que sepan inventar nuevos métodos comerciales, nuevos principios financieros y organizaciones sociales nuevas. Conviene recordar que Wilbois es un publicista de los que con mayor penetración conducen el movimiento saint-simoniano a que ya he hecho referencia. Consiguientemente, él expresa, en su ensayo, el sentir dominante en la dirección a la que se halla afiliada. De la gran trascendencia que los pensadores alemanes conceden a la formación del comerciante y del industrial dá fe la rica bibliografía dedicada a discutir los nuevos rumbos docentes que conviene imprimirle. (3)

Nuestro país carece de hombres versados en las cuestiones industriales y mercantiles. Su comercio y su industria están servidos por gentes de sentido obliterado por la ganancia y el empirismo. La grandeza material, que aumenta de día en día, de una manera extraordinaria, no cuenta con el contralor de un alto y universal sentido de la economía. Estamos así bajo el riesgo de la deformación plutocrática que se acusa en Estados Unidos. De aquí la razón de ser del rumbo fijado por el Colegio Nacional de Ciencias e Industrias, cuyos cursos comprenderán al comerciante, al industrial y, desde luego, al trabajador que, por su participación en tales funciones, esté en condiciones de seguirlos.

Antes de 1914, el comercio y la industria se hallaban de tal suerte sometidos al influjo universalizante del capitalismo que, en realidad de verdad, podían considerarse como manifestaciones extranacionales. Nacidas al calor de los dos grandes principios revolucionarios —el nacionalismo y la idoneidad— según lo hemos visto en otro lugar (4), la gran industria, y también el trabajo, rebasaron las fronteras nativas y adquirieron un sentido adverso a la propia nación. Constituyeron —como lo ha observado Max Scheler— (5) una forma específica del espíritu internacionalista surgido

(1) Cit. en el plan de Estudios del Col. Nac. de Monserrat. Córdoba, 1926.

(2) Extractado ampliamente en "El Sol" — Madrid — Colección de 1928.

(3) Además de las obras ya mencionadas, véase el artículo de F. Oidenbourg Wirtschaf u. Schule — Die Erziehung. Junio, 1926.

(4) Investigaciones Pedagógicas — Cuaderno Primero.

(5) Soz. Neueorientierung u. d. Aufg. d. deut. Katholiken.

como una reacción contra los dos grandes principios del historismo y del nacionalismo. Frente a la actitud que consiste en aferrarse a lo positivamente histórico de lo real, cambiante en modo natural en las comunidades humanas, al margen de las maneras esenciales de las ligazones sociales, y frente a la actitud que consiste en negar hechos que pertenecen a la ciencia del hombre empeñándose en conducir a éste a una vida determinada, dentro de formas que, como el Estado y la Nación, están calculadas para imponerse a todas las otras, el internacionalismo se inguió con su tabla de valores económicos y sus intereses de clases. Las clases sociales escaparon de la nación, no como una voluntad supernacional o superestadual, en nombre de un bien superior, sino en nombre de intereses particulares.

Es bien conocida la forma que esta desviación adoptó en nuestro país. Mientras en los pueblos europeos de tipo industrial la tradición de cultura obró como un contralor en presencia de las exageraciones del internacionalismo y contrapesó con su acervo de valores su pobreza espiritual, nuestro país —al igual que todos los países sudamericanos— debió sufrir la influencia decisiva y directa de aquellas corrientes que, libres de trabas, transportaron aquí la contienda iniciada en aquellas naciones. Nuestros cien años de vida independiente presentan a la observación objetiva el espectáculo de una entidad de derecho que no ha cesado de ser colonia, porque, careciendo de las condiciones que definen una nación como unidad de cultura, no hemos podido oponer un sentido nacional y auténticamente cosmopolita al internacionalismo traído por los intereses de la industria y del capital. La unidad étnica y la misión cultural que, como tarea especial, caracterizan a una nación, no son cosas que se improvisan sino que advienen mediante un proceso esforzado, y, como todavía no hemos tenido tiempo de ganarlas es que, siempre, estuvimos, y estamos, expuestos a la influencia, no siempre benéfica, de la acción exterior. Todo lo que la técnica y la economía extranjeras nos han traído, continúa siendo extranjero, yanqui, alemán, inglés, todo menos nacional, menos argentino, en el sentido espiritual que esta palabra debe tener y que todavía no tiene en razón de la ausencia de aquellos rasgos tipificantes. Los bancos, los ferrocarriles, las empresas de transportes, las empresas

explotadoras de nuestras riquezas agropecuarias, la minería, todo es todavía internacional, es decir, extranjero. Nuestra riqueza esencial —el trigo— está supeditada a la merced del capital internacional y esto lo saben todos porque todos están sufriendo las consecuencias de este penoso estado de cosas.

Nuestro sistema docente se ha desentendido de esta realidad. Ni las escuelas técnicas, ni las facultades universitarias, se han detenido nunca a reflexionar sobre la posibilidad de intervenir en el agudo problema. No aludimos, desde luego, a una intervención destinada a modificar la situación dentro del campo específicamente financiero e industrial, pues, eso no les compete, sino a su propia labor en relación a las personas que, en nuestro país, tienen que participar en las actividades industriales y comerciales. Imbuídas del espíritu internacionalista, se concretan a adiestrar en una técnica mera y simple; forman un contador, un perito, un agrimensor, un abogado, sin atender al elemento humano, argentino, que está a la base de tales profesionales. Y, sin embargo, bastaría comparar la técnica de dos productos cualquiera de la industria extranjera, un automóvil norteamericano y un automóvil francés, pongamos por caso, para advertir cómo, detrás de la técnica que revelan, presiden la construcción de la obra dos espíritus dispares y contrapuestos.

Quisiéramos ser entendidos con rectitud. No se trata aquí de relevar una posición chauvinista. Nada hay en todo este plan que justifique una afirmación en contrario. El chauvinismo es un concepto internacionalista. Nadie recalca tanto las virtudes del patriotismo como aquel que quiere explotarlo. Fué el propio internacionalismo —hay que tenerlo presente— el que nos trajo una “restauración nacionalista”, felizmente ya superada. De lo que ahora se trata es de ponderar y afirmar el sentido de la comunidad argentina como unidad de cultura, y, per ende, como soporte capital de un nuevo tipo de educación.

¿Cómo organizar el Colegio Nacional de Comercio e Industrias para formar estas funciones? ¿Pediremos a su actividad el tipo que Wilbois, resumiendo sus investigaciones, concibe como el jefe poseedor de “una cultura general basada, sobre todo, en la enseñanza clásica; cultura que deberá proseguirse y completarse con la enseñanza superior a base de lógica y psicología?”.

Yo creo que no es la escuela la que da un tipo social. El tipo viene de otra parte. El Colegio Nacional de Ciencias e Industrias necesita cumplir una finalidad profesional sin perder de vista la formación general. ¿Cómo procederá para ello? Félix Adler considera que hay un método mediante el cual un comerciante puede obtener una formación general y coloca ese método dentro de la propia enseñanza profesional. Es en la profesión y por la profesión misma por la que se adquiere una cultura total. Que el comerciante sepa qué son y de dónde proceden los productos que están en el comercio: la seda del Japón y de la China, la materia prima de Sud América, la goma del trópico, los metales de distintas comarcas, le servirán para conocer a sus semejantes de todas partes, la psicología de los diferentes pueblos del mundo, las líneas centrales de la economía universal, las leyes de las ciencias naturales, la geografía, la historia. ¿Esto es así?

Paréceme que no se puede negar un relativo valor a esos conocimientos. La historia del comercio para el comerciante, como la historia del trabajo para el trabajador, influyen en el sentido de aclarar la profesionalidad del comercio; pero con esto solo no se obtiene la cultura general. La historia de una ciencia ayuda a fijar su concepto. No lo precisa ella misma, porque la relación histórica es insignificante, por sí sola, para presentarnos con claridad la teoría y su objeto al ser siempre la teoría algo ligado íntimamente a la cultura de su tiempo.

Adler espera obtener reflexiones éticas de alto valor del propio profesionalismo. La enseñanza profesional existe desde hace mucho y no se puede decir que su experiencia acuse otra cosa que una forma específica del egoísmo profesional.

Por esto creo indispensable someter la enseñanza profesional a la severa ponderación de la cultura general. Scheler advierte bien que no es por el valor formativo de su profesión que el químico puede obtener el desarrollo de su sentido religioso. “La formación —añade el gran pensador— no es tal formación mientras no sea total”. (1)

Otra dirección que escogerán los egresados de la Escuela Media será la señalada por el Colegio Nacional de Preceptores, cuya

---

(1) Universität u. Volkshochschule, p. 501.

institución propongo, en íntima relación con la Facultad de Filosofía y Letras, para formar nuestro profesorado.

La singular importancia de esta creación queda de manifiesto con sólo advertir que, por más acorde que sea un plan de reforma educacional con los presupuestos centrales de las nuevas orientaciones pedagógicas, será letra muerta mientras no se cuente con los funcionarios llamados a recrearlo y a realizarlo.

La experiencia nos instruye acabadamente de que es inútil pensar en ensayos innovadores mientras nuestros hombres y nuestros recursos propios no estén habilitados para aplicar y cumplir la teoría. Nuestros dos lustros de afanosa reforma universitaria han tropezado, en primer lugar, con la carencia de un profesorado idóneo, dedicado por entero a las tareas docentes. Hemos trabajado hasta hoy con un elenco tan pobre que ha sido imposible completar los cuadros de una Facultad con personas competentes, compenetradas de los problemas y de los designios superiores de la reforma auspiciada. Por lo común, esos cuadros han sido llenados con profesionales venidos de otras carreras: médicos, abogados, ingenieros, veterinarios. ¿Qué decir del personal de los restantes institutos escolares? Las adiciones recientemente propuestas a la Ley Lainez, han abierto juicio público, en la Cámara de Diputados. A él me remito.

Las nuevas condiciones sociales bosquejadas aquí relevan la necesidad imperiosa en que hoy nos hallamos de tratar esta actividad como una función específica y de determinarle su lugar en el orden de los estudios.

De acuerdo con el espíritu que preside este plan, el Colegio Normal de Preceptores debe dedicarse a la formación teórica y a la habilitación para la práctica de la enseñanza. La formación teórica está antes que la práctica. Bien que aquella sea fin en sí misma, posee además una función que se refiere a la profesión. Como fin en sí misma necesita satisfacer las exigencias de la personalidad; y, como la personalidad, al entrar a la tarea docente debe dar respuesta a los múltiples interrogantes didácticos y educativos que proponen, en la escuela, las corrientes sociológicas, psicológicas, teológicas, artísticas, éticas, científicas, etc., la formación general ha de ayudarle a resolver esas cuestiones que son cada día más difíciles y complejas.

Por lo consiguiente, la labor magistral exige un conocimiento de los problemas pedagógicos del presente. Una sistemática de la pedagogía es aquí indispensable. Lo es también la historia de la educación en cuanto instruye sobre la tradición docente del pueblo y de los ideales educativos de las épocas culturales. Una penetración crítica de los métodos es esencial a la formación metodológica. No existe, me parece, otra manera de abrir, con la ductilidad espiritual que crea esta actitud crítica, las múltiples posibilidades que yacen en el hacer educativo.

Una de las mayores dificultades con que choca, entre nosotros, la inteligencia de las más recientes proposiciones pedagógicas, radica en el fanatismo metodológico que un positivismo unilateral y tardío ha imbuído en nuestro magisterio. Los institutos encargados de la formación del profesorado atienden con preferencia a la técnica profesional. Más todavía, atienden a una técnica profesional apreciada con el criterio común a la pedagogía positivista. Descendidos del proceso formativo de la personalidad —que constituye aquí una de las condiciones esenciales del docente— y agenos a toda formulación teórica, tan presto como las condiciones del tiempo han fijado a la técnica su verdadera función en la actividad humana, se han mostrado insuficientes e inadecuados para cumplir su cometido.

Puede discutirse sobre si la formación del educador debe confiarse a una Facultad de Filosofía o a una escuela superior especial y, en el hecho, se discute esto partiendo de la distinción entre ciencia pura y técnica; pero yo creo que, cualquiera sea la solución que se excogite, el problema quedará siempre subordinado a la formación de la personalidad definida por la adhesión viviente al valor. El ordenamiento que propongo parte de esta base. Mediante el proceso formativo contemplado por la propia unicidad escolar, el aspirante al magisterio se habrá perfilado como personalidad antes de su ingreso al Colegio Normal de Preceptores. Los estudios de este instituto le iniciarán en su carrera —ciencia y técnica— y la Facultad de Filosofía le dará la plena posesión de la pura teoría, a la vez que le introducirá con eficacia en el mundo de los valores. Todo lo cual no le eximirá, desde luego, de la práctica exigida para el otorgamiento del diploma.

No digo con esto que el Colegio Normal de Preceptores deba ser considerado como un instituto preparatorio para los cursos de la Facultad de Filosofía. Este instituto, como todos los que integran la organización que propongo, es un *modo* de la Facultad de Filosofía. Pues, la Facultad de Filosofía, siendo el lugar central de los estudios sin fin, sin “para” —pura investigación, conocimientos del método, escuela del trabajo en su más alto sentido, como dice Spranger— torna aquí a ser el alma rectora de la Universidad y está como diluída en todo el hacer de este plan.

Con esto doy también un elemento para inteligir el alcance del Colegio Nacional de Bellas Artes que, para ofrecer una vía especial a las inclinaciones artísticas, colocó en el cuadro de los institutos superiores. Se propone corregir el anquilosamiento de las antiguas academias, estancadas por la acentuación de la técnica mera y simple. Todo el mundo advenido con el cubismo, el futurismo, el expresionismo y el post - expresionismo forma ya un complejo de problemas que, aún cuando permanece fuera de las academias, ha superado de un modo notorio la estructura y el contenido de las mismas.

Las fuerzas creadoras del arte de nuestros días corren por cauces distintos de aquellos en que yace, exánime y frío, el adocenamiento del academismo. Para poner de relieve el retardo en que se encuentran las escuelas de Bellas Artes bastará con señalar el hecho, por demás elocuente, de que los más destacados artistas contemporáneos se hayan rebelado, en ocasiones de un modo violento, contra el espíritu que las preside. Toda la renovación artística corre parejas con las actitudes de secesión que llenan la biografía de los grandes creadores.

### 9 — *Espíritu y comunicación*

He discurrido en este momento, sobre la tarea que, a mi juicio, debe atribuirse a los institutos superiores que propone este plan. Artes y oficios, manualidades, comercio, industrias, ciencias, libre investigación, magisterio, arte y lo que significa una iniciación en las carreras liberales ha sido tocado en este discurso que comenzó siendo una investigación sobre la extensión universitaria. ¿Qué



es esto sino invadir el terreno hasta ahora asignado a la actividad universitaria?

Cierto; se trata de una invasión. Esta actitud obedece a la certeza en que estamos de que la Universidad, como instituto único, es insuficiente para llenar las cuatro funciones capitales que se ha atribuído hasta aquí. El eficaz cumplimiento de esas funciones impone una disgregación de un organismo que se ha mostrado incoherente y contradictorio. Pero la disgregación no entraña la muerte. Si he conseguido interpretar con fidelidad las condiciones del orden que nace, ella se justifica por el propósito de devolver a la Universidad su recto sentido, esto es el de un organismo sin "para", sin finalidad.

Sin "para", sin finalidad quiere decir: para la vida espiritual y para su comunicación. Mas ¿qué es esto de vida espiritual y de su comunicación? Respondamos a esta pregunta si queremos evitar desinteligencias.

El espíritu es una síntesis. Puestos ante un problema, queremos ver claro. Pensamos, actuamos, construimos movidos por una incoercible aspiración a la claridad, distinguiendo, ligando, analizando reflexivamente. No es este un afán de suma; es una actividad que quiere superar las contradicciones. La inclinación hacia lo adicional, que Keyserling cree advertir en el trabajo espiritual de Occidente, puede pasar por una actitud episódica: en realidad de verdad, lo específico de la sabiduría occidental se ha mostrado siempre como anhelo de totalidad. El espíritu es una fuerza que relaciona, que relaciona de un modo infinito. Infinito y perpetuo. Porque es una tarea que no concluye jamás. ¿Cómo ha de concluir ese salto de la tiniebla a la luz de las relaciones que no tienen límite ni medida? El espíritu es un movimiento perpetuo, un perpetuo devenir. He aquí otro de los elementos esenciales a su propia definición. Lo vemos aflorar y manifestarse en las obras, en las figuras, en las conductas, en la meditación del filósofo, en la vida del hombre de acción, en la creación del artista; pero lo vemos pasar, fluyendo, transeunte de todas las cosas.

Como para Edipo peregrino en los propíleos tebanos, la solución de un enigma formula otro enigma, toda claridad obtenida, lo que llamamos *idea*, apenas lograda lima sus perfiles en las penum-

bras que interroga y escruta. Nada, empero, más evidente que la idea, la idea que mueve la acción de las personalidades y cumple destinos. Obra del espíritu, del espíritu creador, son las crisis que, de tiempo en tiempo, acometen a las culturas. No hay testimonio más alto de su secreto poder que estas pruebas tremendas con las que rectifica, depura y vivifica el mundo objetivo, y se necesita estar privado de sus virtudes para negar la fecunda plenitud que nos traen.

Pues, en puridad de verdad, una crisis no borra, en las creaciones espirituales, la huella del proceso que las produjo. El espíritu, que es claridad y amor a la totalidad y revolución, es también el recuerdo que trae, en la tradición, la memoria inmarcesible de su proceso. Aquí es donde la tradición recoge su verdadero sentido. No es ya ese conjunto fijo y rígido de fórmulas que exigen obediencia pasiva que nos proponen ciertos tradicionalistas, sino continuidad recreada por el trabajo espiritual.

¿Necesito añadir que ese flujo en constante devenir que llamamos espíritu no permanece aislado en un hombre, en una clase, en una nación? Perdería con esa apostura la aspiración a la totalidad que es de su esencia y habría que concebirlo como algo fragmentario, como islotes perdidos en un mundo sin relaciones. El espíritu se comunica. Esta nota es inherente a su propia naturaleza. No conoce fronteras: donde las encuentra, las borra. No mora en el hombre aislado: lo penetra. Es lo que hace objetivo, es decir general, lo subjetivo, y lo liga a la totalidad. Es —con palabras de Jasper— lo objetivo que se hace existencial en el sujeto, lo que el sujeto asimila y en mérito de lo cual actúa. No es, pues, algo puramente objetivo, ni es algo puramente subjetivo: es las dos cosas, a un tiempo, y lo es siempre en eterno devenir. El espíritu ama la personalidad.

En relación al espíritu, tal como lo podemos definir a la luz de los elementos que quedan señalados, la formación se nos presenta como un producto de su actividad. Este producto puede quedar como desligado y desprendido del espíritu nutricio, y puede continuar ajustándose al anhelo de claridad y de totalidad que es de la naturaleza de aquel. En el primer caso, aludimos a lo que acontece con la profesión, estado que se adquiere mediante un saber especial

y una destreza adecuada. Aludimos también a la adquisición del privilegio conferido a un título habilitante, y asimismo al estado del hombre formado de acuerdo a un ideal que le comunica un porte que es como una segunda naturaleza. Tal sucede con el gentleman. En el segundo caso, nos referimos a la formación general.

Sé bien que con decir esto no queda agotada la dilucidación que exige este tema. Es un tema que se presta a un exámen de extraordinaria dificultad. Pero para justificar, por ahora, la distinción formulada, basta con advertir que el ideal formativo no debe ser confundido con el concepto del espíritu, porque, mientras la historia nos instruye de la existencia de muchos ideales formativos — determinados siempre sociológica y económicamente— no conocemos más que un espíritu, el espíritu deviniente y eterno.

Lo racional, considerado como vía espiritual, descubre relaciones relativas al mundo de los objetos y las sistematiza en modo tal que forma una objetividad con propio valor. Esta objetividad, por lo mismo que procede de la fuente común del espíritu, participa de su movilidad. Está siempre en camino hacia la última verdad y aspira al sistema. Defínese la ciencia como un sistema de verdades; pero la verdad, como algo definitivo e incommovible, no existe. Por debajo de las más firmes construcciones científicas, por debajo de las más rigurosas tramas formadas por el trabajo metódico y por la fundamentación lógica, una fuerza secreta conspira contra la seguridad de la obra concluída. Dogmatismo y escepticismo, absolutismo y relativismo parecen ser, para siempre, los términos inconciliables cuya pugna arrastra consigo la búsqueda obstinada y tesonera de la verdad, a que se libra y entrega, pleno del *pathos* de corrección, de fecundidad y de objetividad, el investigador. Quien sepa sentir la grandeza de las épocas históricas, descubrirá la tragedia que culmina, en la nuestra, en las investigaciones de un Husserl, de un Picasso, de un Archipenko.

#### 10 — *Espíritu - formación - ciencia*

Las palabras que anteceden rozan, para excitar sugerencias, las tres funciones esenciales: espíritu, formación, ciencia. Claramente se advierte que carecen de la coordinación que, de implícito modo, ha querido reconocerles la actual Universidad. Jasper distingue

con precisión, el rol de cada una. Al espíritu sirve el filósofo, a la formación, el letrado, el sabio a la ciencia. Del espíritu procede el ethos de la libertad; de la formación, el sentido de la legalidad; de la ciencia, el sentido de la objetividad. La formación y la ciencia nacen del espíritu nutricio. De la tendencia que le es inherente a la separación del proceso espiritual nacen los contrastes capitales: espiritualidad - carencia de espíritu; cultura - barbarie; sabiduría - ignorancia. A la formación corresponde la educación; a la ciencia la instrucción; al espíritu la comunicación (1).

Pero la falta de coordinación no exige una disolución. Siendo el espíritu el hontanar del cual se nutren la investigación y la profesión, debe discurrir en todo el organismo docente como la sangre en las venas. Es una actividad que, aún caracterizándose por su carencia de finalidad, debe animarlo todo. Omnipresencia es la suya que comprende y abarca íntegramente el proceso escolar. No es sólo en aquellos institutos en los cuales comienza la profesión y se insinúa la dirección investigadora donde debe ejercer influjo decisivo: ha de circular por todo el sistema.

He aquí porqué la organización propuesta quisiera encomendar a la Universidad la regencia general de toda la educación.

El "para" que busca la profesión, y la investigación misma, comienza a regir, en un momento dado, acaso en los dinteles de los Institutos Superiores; pero no puede escapar a la vigilante influencia del espíritu. El espíritu se decanta en ese "para" y este decantarse es la razón de su vida. Por aquí ganamos la unidad de las funciones.

Considero de toda conveniencia, empero, separar la investigación de la profesión. Jasper se decide por atribuir la enseñanza profesional al propio investigador. A su juicio, el mejor investigador es el mejor enseñante; pues, aún cuando carezca de aptitudes didácticas, sólo él puede asegurar la continuidad espiritual del proceso cognoscitivo (2). Pero yo creo que la experiencia ha fijado ya, de un modo inequívoco, la dificultad —iba a decir la contradicción— que entraña el afán de casar ambas funciones. El afán de convertir en enseñante al propio investigador, afán que Scheler señala a

(1) Op. cit., p. 17.

(2) Op. cit., p. 45.

título de objeción contra la actual Universidad, desconoce que la profesión se forma a base de productos firmes, separados del proceso espiritual y que, de consiguiente, el hecho de conferir esa formación al investigador no puede conducirle a otra cosa que a la interrupción de su propia tarea. Nada hay tan contrario a la investigación como la exigencia de ajustarse a un programa, que se refiere siempre a conocimientos dosados y medidos.

Cierto es que se debe buscar una íntima relación entre ambas funciones. Puede formularse esa relación como un principio básico de la Universidad. Pero no existe otro modo de lograrlo como nexo que no sea mediante el superior señorío del espíritu que es donde culmina el concepto de la Universidad.

Según lo dicho hasta ahora, es indispensable hacer que la profesión no se ciña a la posesión de un saber limitado y cerrado; mas esto sólo puede alcanzarse mediante la capacitación de las aptitudes favorables al incremento del pensamiento científico. Esto es lo que este plan se propone como algo previo a la dirección profesional. Por ella el profesional actuará siempre en contacto viviente con la investigación y, a virtud de ese contacto, lo técnico asumirá al sentido de un proceso infinito al insertarse en el ideal de la totalidad.

El orden que nace es una integración y una determinación de funciones: desde su vértice, lo preside el espíritu. Ahí donde éste se manifiesta, por su órgano de la comunicación, ahí está la Universidad.

Como institución, la Universidad crea escuelas e institutos, funda seminarios, reúne material, instala bibliotecas y colecciones y laboratorios, costea viajes de estudios, establece intercambios de profesores; pero como idea es comunicación cósmica, supernacional y eterna.

### VIII — DE LA DESCENTRALIZACION

La descentralización propuesta en estas Bases guarda estricta concordancia con la exposición que precede.

Una organización elaborada sobre el principio de la unicidad, no excluye la diferenciación administrativa. Lejos de ello, la reclama como un contrapeso necesario. La unicidad no significa unifor-

midad. Si quisiera significar esto se mostraría en abierta contradicción con el propio concepto de la formación espiritual.

La ductilidad es algo que pertenece a su esencia. Esa ductilidad se refiere no sólo al docendo sino también a las propias condiciones políticas, sociales, económicas y culturales. La vastedad de nuestro país deja abierta la posibilidad de diferenciaciones locales y, cualquiera sea el matiz que las coloree, deberán ser atendidas con esperanza y amor.

El propio concepto de la autonomía del hacer docente parece reclamar su liberación de las actividades inmediatas de la política militante. Hasta hoy, el comité ha utilizado la escuela como un recurso electoral. La conciencia nacional exige ya un remedio para esa profanación tan grave y dañosa. No basta con que el organismo docente repose sobre una recta fundamentación de principios; no basta con que disponga de muchos recursos materiales, tantos y tan bien calculados como los que se determinan en el Proyecto de 1921, que hago míos en este proyecto; es necesario crearle una atmósfera adecuada a sus altas funciones.

Voces poseídas de esta necesidad reclaman con urgencia esta salvadora liberación. La Convención de Maestros, celebrada en Córdoba, en 1929, aprobó proposiciones precisas, en este sentido <sup>(1)</sup>. Yo me decido por una división de distritos por considerarla adecuada a las ideas que quedan expuestas.

## IX — DE LA JUBILACION

Entre los medios escogidos para enervar la personalidad, el de la jubilación es el más hábil y el menos noble de todos. La jubilación como premio colocado al final distante muchos años de trabajo, acaso de toda una vida de trabajo, idóneo y productivo, se sobreentiende, es un aliciente a la cobardía, a la delación, al sometimiento. Quien quiera alcanzar ese premio ha de saber constreñirse a una sola cosa, al oficio dado, a "su" producción, a la que debe todo su tiempo, todas sus ideas, todas sus aspiraciones todo su espíritu. Hará como que las cosas humanas y universales no rezan con

(1) Ver también la descentralización propuesta por el Dr. Justo P. Faría, en su libro de reciente publicación, "Bases para una Ley General de Instrucción Pública".

él y sólo se concretará a hacer, o a dejar hacer, todo aquello que, de uno u otro modo, le procure la estabilidad necesaria para llenar el período fijado para el otorgamiento.

Todas las razones de justicia que se han invocado para establecer esta institución no nos convencen de su bondad, frente a su resultado que es el de reducir lo más alto de la persona humana a un premio, en dinero, a un interés capitalizado en largos años de un producir mero y simple y sin libertad. Puede estar conforme con el ordenamiento militar de la Economía, pero ya se sabe que no todas las proposiciones de la Economía son humanistas. Sobran motivos para darse cuenta de las razones por las que no se ha generalizado la institución, más justiciera y más aceptable, de los accidentes del trabajo en lugar de la jubilación.

Al investigar el origen de la idoneidad y, sobre todo, al observar cómo este principio se ha identificado con la producción prodigiosa de nuestros tiempos, no he querido negarla sino señalar el sitio que le corresponde. Las instituciones docentes, particularmente las instituciones universitarias, la han elevado a la categoría de un principio fundamental, que comparte su dominio con el nacionalismo, no porque hayan atendido a su contenido, sino a influencias de la gran industria que ha mercantilizado hasta el pensamiento y que ha puesto su sello hasta en las actividades relacionadas con la formación del espíritu.

La idoneidad, por sus vinculaciones con la producción, es un principio relacionado con las cosas. La prodigiosa producción de cosas —bienes materiales, riquezas,— ha traído una manera de ver esencialmente naturalista. Toda afloración del espíritu, o se valora como cosa, o muere en esas cosas. La esterilidad espiritual que caracteriza a la civilización que declina es un resultado de la febril preocupación de la producción mecanizada. No hay tiempo para pensar; es necesario producir. Gran pueblo no es, para esa actitud, sino el que produce mucho. Norte América es la dueña del mundo no por sus ideas, que no las tiene, sino por los dollars que simbolizan o representan las ingentes cosas de que dispone.

Nada, pues, como ella para favorecer la natural propensión del hombre al reposo, a la muelle tranquilidad de una vida asegurada.

En el fondo de todo avaro, acumulador de bienes, campea una gran pereza, un cansancio, un tedio, acaso, que busca su propio abandono en la plácida seguridad que dá la fortuna. Fortuna, jubilación, todo eso es un morir en las cosas. En la lucha entre el espíritu y la materia, ésta aparece venciendo en la hora en que aquél se fatiga tras largo peregrinaje. Los santos padres sabían bien lo que importaba cortar el ala al pensamiento y vivir según la naturaleza.

La humanidad corre grave riesgo con una civilización que atienda exclusivamente a los bienes materiales. Sobre todo, los pueblos americanos, si aspiran a salir del rol de simples colonias, necesitan evitar que el espíritu se degrade, en la pereza y en la molice. No hay otra manera de echar en la historia una novedad, una verdad, un ideal que recuerde nuestro tránsito por el mundo, que no sea con el riesgo continuo y heroico.

Se debe querer productores idóneos; pero es indispensable que un esencial contenido de cultura domine las cosas. Por encima de las cosas está el espíritu que las coloniza y las hace humanas. Lo que da valor a los bienes no son sus cualidades de tales sino la conciencia que las aprecia. Hay que producir, pero se ha de tener cuidado de no someterse al dominio de los productos sino someter los productos a la valorización ética que deriva del destino del hombre.

## X — DE LA REPRESENTACION ESTUDIANTIL

El propósito de no dar desmesurada extensión a estos fundamentos me determina a reservar para otra oportunidad la consideración de algunos temas que reputo de mucha importancia. Debiera precisar mi pensamiento sobre los exámenes, —que en la articulación precedente quedan reducidos a su mínima expresión— sobre la bibliografía escolar, sobre el plan económico, tan cuidadosamente codificado en el proyecto ministerial de 1921, etc., pero no lo hago, tanto en razón de lo dicho, cuanto porque la forma en que estas cuestiones están contempladas en este plan, acusa suficientemente la relación que guardan con la idea que preside todo el ordenamiento propuesto.

Dos palabras debo decir, empero, respecto de un punto de



palpitante actualidad: la participación estudiantil en el gobierno docente.

Soy partidario de esa participación.

En 1921, desempeñando el cargo de consejero en la Facultad de Derecho de Córdoba, expresé así mi opinión sobre esta delicada cuestión:

“Porque no hay para qué engañarse ocultando o disimulando los términos reales de este problema. Lo que aquí se debate son dos ideas contradictorias, dos épocas, dos espíritus. Para los autores del primitivo proyecto —para mí, al menos— la participación de los estudiantes en el manejo del instituto tiene su razón de ser —prácticamente— en el gran movimiento de integración que entraña el “sindicalismo”, como lo expresa Duguit. “Les Compagnons” autores de *L’Université Nouvelle* (Ed. Fischbacher 1919, pág. 184) han vinculado sin dificultad, sin vacilación, ese “gran movimiento” a los problemas docentes en razón de que “en todas partes se despierta la necesidad de la vida colectiva y de la acción sindical y en todas partes aparece la voluntad de participar cada uno en la esfera de su competencia y según sus capacidades en la gestión de los negocios comunes”. Partiendo de aquí, nada más claro que el título de representación (de la representación con toda amplitud, con voz y voto) corresponde al Centro de Estudiantes de Derecho adherido a la Federación Universitaria ya que esta Federación ha sido oficialmente reconocida por el Consejo Superior, en sus últimas resoluciones.

“Sólo en el pensamiento central que preside el primitivo proyecto es posible la verdadera representación estudiantil. Lo que se ha dado en llamar representación “para informar y para exponer puntos de vista” no es una representación; es una transacción del autoritarismo con los prejuicios y las ilusiones de la democracia, con evidente ventaja para el autoritarismo a la antigua, que no sufre ningún desmedro. No es esto lo que se quiere; lo que se quiere es que los estudiantes asuman, a lo menos en parte, la autoridad.

“Pero aun cuando convenga contentarse con la actual situación de mera ingerencia, lo que importa señalar aquí es que, bien que se extraigan de la democracia electiva los argumentos fundamentales de la representación, la elección del representante no pue-

de hacerse en la Facultad de acuerdo a las prácticas de la política militante. Si estas prácticas debieran intervenir con tanta eficacia para reglar las relaciones de la Facultad con el alumnado, ¿no resultaría lógico que, en su nombre, se acuerde también representación a cuantas fracciones o grupos de alumnos la solicitaren? ¿No sería necesario, además, sancionar todo un código electoral en el que no sean olvidadas las minorías y los cocientes?

“Basta extremar las consecuencias que emergen del fundamento de índole democrático para fijar la magnitud del error en que se ha incurrido. En el hecho, la elección sólo puede ser verificada por un centro y nunca por dos, o más. Inútil añadir que, en el presente caso, ningún motivo existe para que ese centro no sea el adherido a la Federación Universitaria.

“No es todo esto. Sin contar con que la doble representación —que puede ser múltiple, por lo visto,— va a plantear, a término breve, este mismo problema en el seno del Consejo Superior, con los argumentos de peso que le suministra la resolución del Consejo Directivo de la Facultad de Derecho, no serán pocas las dificultades que a la Facultad iniciadora le va a traer. Existiendo, como ya existen, dos delegados estudiantiles con voz y sin voto, esto es a título informativo, se está en lo posible, acaso en lo inminente, de que sostengan tesis, proyectos, mociones distintas o arregladas a intereses contradictorios. ¿A quién se prestará oídos? ¿A los dos? Imposible. ¿A ninguno? Imposible. No cabe otra solución que la de proceder a una previa investigación, y es necesario saber hasta dónde ésta puede ser eficaz en orden a la marcha del instituto y a la armonía del alumnado.

“Asunto grave sobre el cual no se ha meditado bastante. Reconocida por el Consejo Superior la Federación Universitaria, quedó también reconocido por la Facultad de Derecho el Centro de Estudiantes adherido a la Federación. No cabe pensar otra cosa. Con esto quedó también señalado el camino para las fracciones descontentas con el Centro de Estudiantes de Derecho: la solución de esas disidencias está en los resortes de la Federación Universitaria. En todo eso se trata de pleitos ajenos a las atribuciones de la Facultad. Si frente a este estado de cosas, de suyo claro y preciso, el C. Directivo de la Facultad de Derecho dicta una resolución que,

como la que me ocupa, importa ingerirse en los asuntos particulares del alumnado, crea, o está expuesta a crear escisiones y divisiones inconducentes. Esto es lo que está ocurriendo”!

Hoy sólo necesito hacer una rectificación a mis ideas de aquel entonces: la representación estudiantil no se deriva de la voluntad de los individuos de poner su capacidad al servicio de los negocios comunes; derivase de las propias exigencias del proceso formativo del educando. No se trata de un nuevo “adiestramiento” electorero; se trata de una creación. Autoridad viene de crear, y en la vida docente, el que crea es el educando.

Por esto mismo, necesito formular también una afirmación: la ingerencia estudiantil debe ser consagrada, en formas y medidas diversas, en todos los grados de la actividad educativa. Que es necesario afirmar desde *ab-initio*, el sentimiento de la responsabilidad, lo dicen claramente los más modernos y sopesados ensayos de escuelas activas en Europa y Estados Unidos.

Coinciden en esto las más opuestas direcciones pedagógicas. La doctrina individualista de Gurlitt y Otto se reconcilia aquí con el socialismo de Wyneken y con la posición católica de Foerster. Sólo la profunda ignorancia de estas cosas, de la que tantas pruebas nos tiene ofrecidas el conservatismo nativo, explica la marcada resistencia que ha encontrado la ingerencia estudiantil en la Universidad propuesta en 1918, y la que yo ensayara después, en el Colegio Nacional de La Plata.

Esa participación es una consecuencia obligada del presupuesto básico de la escuela activa. Si se tiene presente todo cuanto llevo dicho hasta aquí, se concederá, sin esfuerzo, que es indispensable al propósito de fiar la formación a las propias fuerzas del educando, la adopción de un recurso que no sólo le ampare contra la posible presión de la intromisión *ab extra*, sino que, al mismo tiempo, favorezca la plena eclosión de esas fuerzas en su libre desarrollo. Los educadores del Norte proceden, en esto, con un tino seguro. En sus escuelas nuevas extreman la ingerencia del docendo hasta tal punto que no sólo se deposita en ellos el orden y la disciplina docentes, sino también la administración económica — construcciones, jardinería, etc.—; todo lo cual es ejercido mediante un adecuado sistema de elecciones. Se comprende bien qué favorables

condiciones deparan al niño estos ejercicios. A medida que va creciendo va aprendiendo a reaccionar, con seguridad y elasticidad, frente a “su” mundo, al mundo que lo circunda. La responsabilidad, el deber, la propia estima son calidades que gana para siempre en este proceso de auto-gobierno.

Nótese, empero, que con todo esto no quiero decir que la forma propuesta para la ingerencia estudiantil en el movimiento de 1918 sea la que mejor responde al principio expuesto. En más de una ocasión he señalado sus defectos. Es bien sabido que, por lo común, ella ha favorecido un electoralismo sin contenido. Ceñida a nuestras Facultades profesionales, ha creado otra profesión. De un modo mucho más amplio, aplica la participación la enseñanza suiza y aún así me parece insuficiente. De acuerdo a las proposiciones centrales que aspiran a la vigencia, considero indispensable que la ingerencia estudiantil abarque todo el proceso educativo. Más aún: le asigno mayor significación pedagógica a aquella que comienza en las primeras edades.

Necesariamente, ha de quedar librado a la pertinente reglamentación la concretación del principio. Estados Unidos ofrece diversos modelos cuya experiencia es de alto valor (1). En general, las escuelas de ensayo suministran ya considerables elementos de organización. La comunidad escolar de Wickerdorf fundada por Wyneken, ha arribado a resultados tan satisfactorios, que un decreto ministerial alemán ha intentado generalizar su sistema consistente menos en la propia administración que en la libre relación entre alumnos y maestros.

Esta “comunidad” constituyó el objetivo capital de la “Casa del Estudiante” que proyecté, en 1921, para la Universidad de La Plata. Por lo mismo que siempre me ha parecido insuficiente la participación estudiantil en los Consejos universitarios, intenté ampliar el principio haciéndolo extensivo a todo el proceso educativo mediante un hogar que relacionase solidariamente en una zona ajena

---

(1) Véase en L. Luzuriaga, “Las Escuelas Nuevas” — Madrid, 1923 — las características de estas escuelas, especialmente la 21. Sobre la interesante Escuela Orgánica de Fairhope, en Alabama, consúltese la exposición de C. Montoliú, en *El Sol* — Madrid. Paréceme el modelo más adecuado para las Comunidades en el campo, cuya creación propongo.

al estiramiento autoritativo decretado por la organización en vigor, a estudiantes y educadores.

Sé bien que este sistema no se puede aplicar a los institutos existentes sin riesgo de crear dificultades a su forma externa. Estoy presto también a convenir con Rudolf Lehmann <sup>(1)</sup> en que la relación buscada se logra, sin necesidad de modificaciones, ahí donde actúa un maestro consciente de su misión. Pero por una parte, la “Casa del Estudiante” no entrañaba modificación alguna a la organización externa vigorante toda vez que su cometido se realizaría al margen de las tareas habituales, y, por la otra, cabe observar que por más que haya un educador de verdad para fomentar una vinculación espiritual con su docendo, nunca podrá corregir y superar con eficacia la forma autoritativa que le está impuesta por la actual organización. Pues, hay que hacerse cargo de que son los institutos actuales mismos los que se oponen a todo espíritu de recíproca comprensión.

Razón de más para suprimirlos. O bien para colocarles al lado formas más propicias al anhelo supremo de los tiempos que suben y que se expresa en la palabra definitiva: la personalidad.

SAÚL TABORDA.

---

NOTA: Este ensayo publicado por la “Revista de la Universidad Nacional de Córdoba”, compone el Cuaderno Cuarto de la serie que el autor ha dedicado a las *Investigaciones Pedagógicas*.

---

(1) Die Pädagogische Bewegung d. Gegenwart, p. 66.